

REVISTA QUINCENAL  
dedicada a las Artes,  
a las Ciencias y a las  
Industrias

# CULTURA

SAN JOSE, COSTA RICA,  
16 DE NOVIEMBRE 1929

AÑO I ■ NUM. 18



Profesor Omar Dengo

## EL CABALLERO ELEGANTE

EN NINGUNA SASTRERIA PODRA ENCONTRAR: NI EL GRAN SURTIDO DE CASIMIRES  
NI LA CORRECCION DEL CORTE QUE LE BRINDA LA **GRAN SASTRERIA**

# MIL COLORES

La cual ha traído expresamente **UN MAESTRO CORTADOR INGLES** para satisfacer a su  
selecta y numerosa clientela.—Gran surtido de Ropa Hecha para caballeros y para niños

*ENRIQUE YANKELEWITZ, frente a La Alhambra*

Para el Surtido más Grande en Sederías,

— buscar la conocida —

# TIENDA "EL GLOBO"

De ANTONIO HERRERO NAVAS

ALMACEN  
DE ABARROTOS

FABRICA DE:  
VELAS, JABONES  
y FIDEOS.

LA ESPAÑA

MARTINEZ & Cía.

APARTADO No. 211  
TELEFONO No. 2756

San José, Costa Rica



VENTAS  
AL POR MAYOR



**MILLONARIOS EN SALUD** son aquellas personas que toman  
**LEVADURA "FLEISCHMANN"**

Pruebe esta receta para robustecer

Tome dos o tres pastillas de Levadura Fleischmann di-  
ariamente con regularidad. Librese Ud. mismo de estreñimiento,



indigestión y enfermedades de la piel, limpiando sus intesti-  
nos sin ayuda de medicinas irritantes.

De venta en San José: Agencia de Frank de Castro & Hno.; Nueva Botica del Carmen; La Farmacia Americana;  
Rafael Gallegos, «El Tramito», Mercado Central; Aranjuez, Pulpería «Bella Vista»; Cartago, Cantina Bruno Frías;  
Alajuela, Rubén Pinto; Puntarenas, Remigio Carranza.

# CULTURA

REVISTA QUINCENAL

DEDICADA A LAS ARTES, A LAS CIENCIAS Y A LAS INDUSTRIAS

Director: EFRAIN ARGUEDAS CABEZAS

## EDITORIAL

### OMAR DENGO

Hay hombres que se distinguen por su capacidad productiva; otros, por el amor a la propagación de las ideas y por la aptitud de hacerlas germinar; algunos, por la potencia verbal que dinamiza un cuerpo de doctrina; los más, entre los útiles al mundo, porque canalizan las ideas recibidas o las propias, sea con el verbo hablado o escrito, en cauce de prosperidad colectiva. A este último tipo perteneció Omar Dengo.

Era todo comprensión: ésta fue su característica. Parecía que su cuerpo todo estaba constituido de conciencia comprensiva, de simpatía, de atracción espiritual. Podía uno diferir de sus gustos espirituales, de su manera propia de actuar con el verbo—ironista fino y terrible—pero no era fácil dejar de admirarlo en cuanto decía, por la belleza con que lo expresaba, por la sutileza exquisita de sus recursos mentales.

Era un orador admirable: no ha existido otro más alto que él en la República. Hacía uso de su cultura con una elegancia extraordinaria: tenía el dón de ponerle alma a la palabra. En este sentido, culminó su vida.

Pero fue también un maestro. Tal vez hubiera dado mayores frutos entre jóvenes de mayor edad. Hablaba con mayor eficacia entre los hombres maduros. Si hubiese vivido en un país más grande, su figura se habría hecho visible para todos los países cultos del globo. Omar Dengo en Francia habría sido un orador parlamentario de primera fuerza.

Aquí, en cambio, el excedente de sus fuerzas asustó a la mediocridad victoriosa. «Cultura» lo dice con dolor en esta hora de recuerdo.

### Carta inédita para "Cultura" del candidato a la presidencia de México, Lic. José Vasconcelos

*Sr. don Moisés Vincenzi*

San José

Mi querido compadre y amigo:

Desde hace un mes recibí su libro: lo he estado leyendo despacio, con gran agrado. Me dió gusto que una relativa incomprensión mía, usted la hubiera convertido en una expresión más amplia, más cabal, más bella de su original tesis.

Con emoción he visto este crecimiento y con cariño lo sigo.

Veó que anuncia usted viaje a Europa; aún he vacilado escribirle antes de saber si había salido; pero como el tiempo va pasando y no tengo noticias, le mando estas líneas de felicitación y de recuerdo.

¿Cómo está mi ahijada? Recuérdeme a su señora y para Ud. va un abrazo muy apretado de

J. VASCONCELOS

FRAGMENTOS DEL PROLOGO QUE EL FUTURO PRESIDENTE DE MEXICO, SR. VASCONCELOS, ESCRIBIO PARA EL LIBRO «MI SEGUNDA DIMENSION», DE VINCENZI.

Seguir en detalle la tesis de Vincenzi es algo que requeriría, además de la preparación necesaria, un espacio que nunca debe usurpar en tamaño extensión el prologuista.

*Que nos baste con decir que además del interés de la tesis fundamental, el libro contiene una infinidad de sugerencias, un derroche de atisbos que, por sí solos, bastarían para destacar la figura de Vincenzi como uno de los más libres, penetrantes y atrevidos pensadores del Continente.*

J. VASCONCELOS

### Por fin tendrá usted una magnífica oportunidad de hacer dinero

«Cultura», la mejor revista literaria del país, y la única que ha logrado mantenerse independiente después de ocho meses de una labor aplaudida por los espíritus más ecuanímenes del país y por la prensa en general, le dará a usted la oportunidad que ha soñado para su negocio. Las ediciones extraordinarias del 1.º y 15 de diciembre próximos, que constarán de diez mil ejemplares cada una, llevará a los más lejanos

lugares de la nación, donde ya tenemos organizadas nuestras agencias, la última novedad que usted tiene en su establecimiento comercial. La colaboración literaria estará a cargo de los mejores literatos nacionales, y de los más grandes de América que han escrito bellísimas páginas para tales ediciones. Anúnciese usted y después «Cultura» será su mejor agente de propaganda.

## FRAGMENTOS DE UN ESTUDIO

# OMAR DENGO

Le llamaron también algunos patriotas que soñaron días mejores para la República. La originalidad del conferenciante, la solidez de sus argumentos, la robustez de su raciocinio, su lógica misma, su palabra matizada de armonía, cautivaban sobremanera. Al mediar el año de 1928, solicitaron su cooperación inteligente jóvenes que, anidando mirajes de gloria para el surgimiento definitivo del país, querían iniciar la propaganda con un mentor de reconocido prestigio. Dengo, fiel a sus principios, aceptó la invitación del grupo que lo auspiciaba con escogido aprecio. En el Teatro América habló una noche, y su discurso alcanzó una resonancia memorable. Señaló peligros internos, indicó soluciones internacionales, con visiones óptimas de nuestra tierra, de nuestra raza y de nuestra historia. Con números, con hechos, con ejemplos, presentó el avance en nuestro suelo de ciertas empresas, con menoscabo de nuestra prosperidad económica. Empresas que pagan mal los productos de la tierra, que monopolizan poco a poco veneros de riqueza, que corresponden con dureza a la indulgencia de los nativos, que irrogan molestias al "tico" hospitalario, que se extralimitan en sus proceder fortalezidos por el poder norteamericano. Campeó en su discurso el señorío de la sinceridad, su culto a la imagen conquistó precisión y viveza, su frase no fue gongórica ni vacía, ni transitó por las pampas de las quimeras, sino que, invocando la realidad del momento y las positivas urgencias de la nacionalidad, habló como estadista, como legislador, como hombre,—¿acaso discípulo de Guyau?—como costarricense, y, sobre todo, como soldado de la gran patria latina. Representaba el verbo de la patria, sin duda alguna. La honraba con su sabiduría, y sabiamente defendíala de peligros inminentes que se cernían y se ciernen sobre ella. Como visionario, indicaba los males y daba en seguida el remedio para conjurarlos, en formas concretas. No era el metafísico, ni

el declamador que persigue un aplauso volandero o una notoriedad frustránea, era el apóstol que construye, que siembra, que vigila, y así vimos cómo hizo maestros, cómo estimuló sensibilidades, cómo armó soldados para llevar a los confines del país mensajes de cultura.

Importa conocer, de preferencia, la autenticidad que tenía su palabra. El prestigio logrado con su nombre, se debía a lo austero de su vivir, a lo recto de su existencia, a la pureza de todos sus actos, al bien hacer, al bien pensar, a la virtud, finalmente, inconfundible, rara en la época, que era su distintivo, o su **estilo** si me permitís. ¡Dichosos los hombres que sobre la haz de la tierra, descuellan por el **estilo** de la virtud de su vida!

Un día se improvisó soldado y salió rumbo a Coto, en instantes duros para la tierra de sus cariños, y con él marcharon estudiantes y amigos que vieron al maestro en demanda del sacrificio, por la integridad nacional.

Vida homogénea al suya, limpia, sin desvíos, sin claudicaciones; dedicada a lo verdadero, a lo bueno, a lo bello; pura como una llama. Sus aspiraciones las convirtió en una religión invariable; sus ideas, en obras. Por eso su prestigio, por eso sus cualidades morales que le dignificaron en este siglo positivista, en donde las libras esterlinas deslumbran y pierden lo mismo que el collar de perlas de la frágil Margarita.

A menudo, en la ocasión propicia, echó su cuarto a espadas, sin considerar los intereses creados, y emitió sus pensamientos, exento de prejuicios, cuando los imperativos del deber le invitaron a ello.

Justo en sus apreciaciones, con serenidad, con claridad, sin odios roedores, saltaba a la liza del debate, y ora las doctrinas económicas, ya los métodos sociales, bien los programas escolares, eran objeto de un sabio análisis.

Comprendía él la verdad al modo de Federico Amiel y la practicaba para conservar la conciencia pura. El mismo pensador gene-

brino dice que la sociedad se basa en la conciencia, y no en la ciencia. Sin la honradez, sin el respeto al derecho, sin el culto al deber, sin el amor al prójimo, sin la virtud, todo se desmorona.

Dengo, que acuñaba día por día ideas transfiguradoras, que bañaba en lumbre sueños y ensueños, que velaba por el puñal de sus afectos, vivió en la verdad y por la verdad. Para conseguirlo, siempre pensó bien, y a bien pensar enseñó a los estudiantes que lo rodearon. El pensar bien consiste para Jaime Balmes en conocer la verdad o en dirigir el entendimiento por el camino que conduce a ella. Hipólito Taine se refiere al buen pensamiento que dominaba en los diálogos de Sócrates en que Menexenes y Lisis, recostados en olivos umbrosos de la Academia, ritmado el acento por el canto de las cigarras, entablaban conversación sobre lo que es y lo que no es amistad, sobre lo justo e injusto, formando juicio, refinando el sentimiento con encantadoras conclusiones. Menudeaban, entre los jóvenes de la Grecia mil veces dichosa, preguntas y respuestas, unas ingenuas, otras profundas, a fin de disipar tinieblas y dudas. Tales ejercicios, aguzan la penetración y conducen al espíritu investigador hacia lo dulcemente bello y hacia lo bellamente verdadero, que constituyen, en parte, la felicidad humana.

La honesta vida del señor Dengo, diáfana como pocas, salió de los hornos de la probidad. Fueron elocuentes sus gestos.

La posesión del dinero, nunca le sedujo. Buscaba libros y amigos. A ambos les consagraba atención y estima. Libros para aprender, amigos para dar.

Penurias inevitables, lo forzaron a vender su biblioteca, alguna vez. El, querido de tantos, admirado de todos, circundado de credenciales, vendía sus libros, antes de aceptar las impudencias del medio.

En las bibliotecas vendidas estaban todas

## Agua Mineral LA MEJOR

LA PREFERIDA DE LAS AGUAS DE MESA

Importada de las famosas fuentes de Durrheim, en la Selva Negra alemana, la más alta parte de Europa

REUNE TODAS LAS NECESARIAS CUALIDADES PARA HACERLA EXQUISITA

Admite comparación y aun supera las cualidades de cualquier buena marca conocida

Unico Distribuidor: JUAN LUIS CAMPOS - Teléfono 2190

El creciente aumento en la circulación de esta revista en el país y el extranjero es una garantía para el buen éxito de quienes anuncien sus negocios en ella.

las obras de don Miguel de Unamuno, publicadas hasta aquellas fechas. Ya mencionamos la devoción de Dengo por el ex-rector de la universidad salamanticense.

Tres años hace, unos amigos elevaron un memorial al Congreso, pidiendo ayuda pecuniaria para enviar al extranjero al profesor Dengo, en viaje de salud. Dengo, ya padecía de la enfermedad que le llevó al misterio. Sin embargo, Omar, a sabiendas del grave mal que le minaba la vida, se apresuró a recoger tal solicitud, muy agradecido con sus compañeros, pero a su manera de pensar el Estado no debía hacer ningún desembolso para su curación. Acto éste de delicadeza personal, revela al hombre sincero con sus doctrinas.

Otro caso asociado al hecho referido: un caballero, al finalizar 1928, se interesó en conseguir una póliza de vida para Dengo. Faltaba la anuencia del asegurado. Era realizable la operación, de acuerdo con los estatutos de rigor. Enterado Dengo de la amabilidad del amigo, declaró francamente su inconformidad, justificando su actitud una inferior preocupación. Manifestó, sin eufemismos, que los galenos que le apreciaban, para favorecerlo, no vacilarían en darle un certificado del todo beneficioso, aun conociendo su enfermedad, probablemente de carácter mortal. Por otra parte, escrupulizando más, consideró la presencia del mal que avanzaba en su organismo, y delinquiendo contra la verdad, la situación penosa en que podía quedar ante su conciencia—blanca, blanquísima conciencia la suya,—si una vez aceptada la póliza convenida, fallecía él dentro de un corto plazo, defraudando con el valor respectivo a la institución bancaria.

En el siglo que corre, tal proceder es sorprendente. Estamos acostumbrados a las debilidades, a la consumación del pecado, a la mentira uniforme. Shakespeare aseguraba que ser honrado es como seleccionar a una persona entre diez mil. El dramaturgo inglés fundaba su decir en conocimientos vividos. ¿No debe pasmar, pues, la acción de este joven Marco Aurelio, veraz e incorruptible, que no incurre en una contradicción, que no vincula sus actos a mareantes descendimientos de conducta? No. Latentes fuerzas polarizadas a voluntad hacia el bien, exámenes íntimos que señalaban derroteros que llevan a la equidad en plenitud, construyeron su ética, en minuciosos ensayos. Este educador, delicadamente pálido, de nariz aguilina, de modales finos, de frente de curvas de niágara para el impulso de las ideas, de largos cabellos peinados hacia atrás a la usanza lírica, romántico por sus ternuras, fue gran corazón y alto entendimiento.

Clemente de Alejandría, Boren Kierseiling, Bergson, Steirner, Janes, Fabre, Maeterlinck, el intuicionista William, escritores de su preferencia, contemplativos en gran manera, prefilaron su pensamiento, con menosprecio de vanidades, de riquezas, de bambollos, de fanfarrias. También profesaba devoción por Hegel, Wells y, últimamente, por Lugones. Cuando descubría nna producción nueva, de su gusto, experimentaba desusado regocijo, y a algún camarada le regalaba el libro, ya cuajado de observaciones sumariadas. Sabía asimilar el saber ajeno y, lo que es más valioso, sentía lo que leía.

Su vida pública mereció loas, de simpatizadores, adversarios y extraños. Su obra marcaba una línea que no conoció sinuosidades: fue congruente en extremo. Una revisión de sus procederes lo confirma, con copia de datos y documentos fehacientes. De ahí la aureola de respeto que lo circuía, de ahí la influencia que alcanzaba en todos. Su pulcritud en el pensar y en el sentir, extendía hacia él la acendrada consideración, la unciosa fe. Su vida privada, dorada de sencillez, de modestia de amorosa suavidad, era motivo del comentario honroso. No frecuentaba teatros ni paseos. Se ausentaba de reuniones donde el ocio no complacía a su temperamento, a sus naturales inclinaciones. De costumbres sobrias, de carácter disciplinado, visitaba puntos de estudio que tenían afinidad con sus aficiones. A veces, dadivoso, aceptaba tal o cual pedimento, e hilvanaba frases, en álbumes de jóvenes que merecían un estímulo, un aliento, una cariciosa recomfortación. Líneas preliminares, en epítomes y opúsculos, él las trazaba, aleccionando, señalando orientes e inquietudes. En muchas ocasiones salió en favor de los oprimidos. A propósito del caso Sacco y Vanzetti, en 1927, censuró el veredicto del juez Thayer. En uno de sus artículos, Dengo, impugnando el fallo, advertía que la ley no es encarnación de la justicia sino instrumento para buscarla, y agregaba que la magnanimidad y la justicia son perfectamente conciliables. Meses transcurridos, Thayer visitó a Costa Rica. Enterado probablemente de los trabajos adversos a su veredicto que se publicaron con acritud en este país, dispuso negar los labios ante las impacencias periodísticas, y al cabo, su estada por aquí resultó de contadas horas. En la campaña emprendida por Dengo florecieron razones máximas. En ella quedó la preeminencia de un sentimiento de humanidad, puesto al servicio de dos individuos maltratados por el destino, exhibidos sobre el enemigo del mundo, en vísperas de la ejecución.

El cable, un día transmitió el desarrollo del

proceso seguido contra el poeta Fabio Fiallo, acusado en su país por el calor que pusiera a sus rebeldías. Las autoridades de Santo Domingo, perdieron ecuanimidad, en presencia de las revelaciones del vate que, corajuda, vehementemente, protestaba de iniquidades consumadas en perjuicio de la libertad.

Por doquiera clamaron acentos viriles del Continente en resguardo de los derechos del hombre. La causa era generosa. En Costa Rica no tardaron en aparecer, en conceptuosas exteriorizaciones, lumínicas defensas. Omar Dengo iba a la vanguardia, empujando una enseña de justicia, que saludaron los vientos populares. Fiallo fue protegido en esta latitud, en sesudos comentarios escritos por Omar.

En febrero de 1923, envió cartas al Director del "Repertorio Americano" en pro de don Miguel de Unamuno, del viejecito deportado a Fuerteventura, por orden del Juez de Instrucción de Bilbao. Para el gran desterrado tuvo párafos gentiles. Habló de la justicia que extrañaba a don Miguel, de esa justicia que mancilla la dignidad humana, que es justicia de gusanos. Y terminaba: "¡Parece llegada la hora allá, por haber descomposición, de que proclaman su reinado los gusanos!"

Omar, en sus mocedades, ya había iniciado este linaje de actos benignos, con ocasión del fusilamiento de Francisco Ferrer. En los salones del edificio "La Arena", secundado por cuatro intelectos fogosos, Dengo congregó a estudiantes y obreros, y pronunció un discurso tempestuoso, argumentando contra la pena capital. Dejó en su ánimo una huella permanente ese aprendizaje que dió levantado sentido a su espíritu. Siempre se incorporó a las filas de las causas generosas, en oposición a la severidad terrena, que derrama sangre o siega vidas. Toda tentativa de crueldad o toda disposición arbitraria, con lenguaje brioso la impugnaba el señor Dengo, en nombre del amor que un día predicara el más puro de los nacidos.

De esta guisa socorrió a los ciudadanos que cayeron en la sima de un error político o que iban a ser inmolados en aras de un anhelo de reforma o regeneración social.

Vinculado a los movimientos que gozaban de simpatía, por intrínseca modalidad, amparador del oprimido, participaba en ellos para hacer reminiscencias de un signo de piedad, dándole a la vida una expresión superior.

El mal es infecundo. La actitud moral ante los acontecimientos, es lo que él proclamaba, como psicólogo y como educador. Su ética fue de tal fuerza que sus actividades espirituales, en cifra y resumen, santificaron su existencia.

CARLOS JINESTA

# ALMACEN CANOSSA HNOS.

Frente al costado Norte del Mercado

TELEFONO 3013

He aquí el Almacén que vende MAS BARATO. Tenemos el surtido más variado en Vinos y Licores Finos; Uvas Españolas y otras frutas frescas. Artículos del país.

Si desea Ud. abastecer bien su despensa, HAGANOS UNA VISITA y complacerá sus deseos.

# La Juventud de Alfredo de Musset (Por Jean Lecoq)

Una rectificación de alineamiento del boulevard Saint-Germain entre la calle de Carmes y la calle de Saint-Jacques, hará desaparecer próximamente lo que subsistía todavía de una vieja vía de este barrio: la calle de Noyers. Con ella será destruida la casa donde nació el más amado de los poetas: Alfredo de Musset.

Se ha creído por mucho tiempo que la familia de Musset era originaria del Barrois. En efecto: se encuentra allí una aldea con el nombre de Mussey, de la cual uno de sus señores fue compañero de Juana de Arco. En un libro muy documentado que publicó Mauricio Dumuolin en la época del centenario del poeta, demuestra que hay que renunciar a esta tradición. El primer antepasado de quien ha encontrado una huella es un legista, Simón Musset, establecido en Blois en 1561, consejero del duque de Orleans, lugarteniente, general y oficial real ennoblecido por su cargo. La familia durante varias generaciones, continúa produciendo hombres de leyes de los cuales uno de ellos, casándose con una Salviati, se une a la alta burguesía florentina.

Luego, en el siglo XVII, los Musset degeneran en una familia militar y se les ve de padres a hijos tomar una parte brillante en todas las campañas del siglo. El más célebre soldado de la familia es Alejandro de Musset, señor de Puy, compañero de armas del mariscal de Saxe. El es el bisabuelo del poeta de las Noches.

Musset-Pathay, el padre de Alfredo, había comenzado por la carrera de las armas abandonándola durante la Revolución, por la literatura. Publicó la primera edición completa de las obras de Jean-Jacques Rousseau, escribió algunas novelas, ensayos filosóficos y una "Crónica amorosa de Francia"... Musset-Pathay tuvo que entrar en la administración.

Fue jefe de despacho en el Ministerio de la Guerra y habitaba en el primer piso de la casa de la calle de Noyers número 33, cuando el 11 de diciembre de 1810 vino al mundo el futuro poeta.

Alfredo y su hermano Pablo, seis años mayor que él, pasaron su infancia en esta casa. Todos los días se les llevaba a pasear al

jardín de Luxemburgo, que se encuentra cerca de allí. Pablo de Musset ha anotado algunos de sus recuerdos de niño; uno de los más interesantes es el del 21 de marzo de 1815, cuando los dos se encontraron en el sitio por donde pasaba Napoleón al volver de la isla de Elba. "Yo veo todavía—escribió Pablo más tarde—su frente olímpica, sus ojos hundidos como los de una estatua griega, su mirada profunda, fija sobre la multitud". El emperador pasa entre un clamor de entusiasmo. Los dos pequeños Musset experimentaron ese día una de esas impresiones de niño que

no se borran sino con la vida.

Dos años más tarde la familia de Musset dejaba al calle de Noyers para ir a habitar a la calle Casette una casa perteneciente a la baronesa Gobert, viuda de un general del Imperio. El pequeño Alfredo demostraba ya ser un niño soñador. Ya su alma había tenido la revelación de las alegrías y los dolores del amor.

Pablo de Musset ha narrado la anécdota. La heroína era una joven pariente llamada Clelia, que un día había venido de Lieja a pasar algún tiempo en París. Era linda, alegre, vivaracha como son generalmente las hijas de Wallo-

nie. El niño realmente se había enamorado de ella.

—¿Quieres ser mi esposa?—le dijo un día.

Y como ella aceptara riendo, él, que no reía, se creyó de buena fe su marido. No obstante llegó la hora de la partida. Alfredo lloraba con ardientes lágrimas.

—No me olvides—le decía su prima al alejarse.

—¿Olvidarte?—respondió él.—Pero, ¿no sabes entonces que tu nombre está grabado en mi corazón?

Para poderse comunicar con ella, se dedicó con fervor a las lecciones de lectura y escritura. Un día, sin embargo, la prima Clelia se casó. Alguien comunicó delante de Alfredo que ella era ahora la señora de Moulin.

El niño palideció y terminó llorando amargamente. Para consolarlo hubo que decirle que no era de su prima que se trataba sino de otra Clelia.

Hubo que mostrarle aún a una joven con su marido:

—Mira, le dijeron: ahí tienes al señor Moulin y a su señora.

Alfredo miró durante largo tiempo a la dama y llevando aparte al marido, le dijo:

—Es linda su Clelia, pero a mí me gusta mucho más la mía.

Todavía no había cumplido los diez y ocho años cuando el 31 de agosto de 1828 publicaba en "El Provincial", de Dijon, su primer trabajo: "Un sueño". El 25 de diciembre del año siguiente invitaba a Merimée, a Alfredo de Vigny y a algunos otros personajes ilustres de la literatura, para que vinieran a casa de sus padres a escuchar la primera lectura de los "Cuentos de España" y de "Italia". Ya su reciente gloria resplandecía sobre París.

Escuchemos lo que dice de él Lamartine:

"Era entonces un hermoso joven de cabellos brillantes que flotaban sobre el cuello... su frente, más que pensativa, era distraída; sus ojos soñadores; la boca muy fina, indecisa entre la sonrisa y la tristeza; su talle muy fino, parecía doblegarse ya por el peso demasiado liviano todavía de su juventud; un modesto silencio habitual en medio del tumulto confuso de una sociedad charlatana de mujeres y de poetas, completaba su figura".

Este poeta de veinte años era

## Una carta inédita de Rufino Blanco - Fombona para Moisés Vincenzi

Madrid, 1.º de mayo de 1928.

Mi muy querido Moisés Vincenzi

Escasú

He recibido de Ud. últimamente dos paquetes de libros. En ellos venían su novela «Atlante», y su otro libro, «Mi Segunda Dimensión». Gracias por tan buen regalo.

Los ejemplares que mandaba para otras personas los he hecho llegar, cuidadosamente a su destino. Los que mandó para mí también tuvieron su adecuado destino: la lectura. *Cuando lo leo a Ud., querido Vincenzi, y veo su talento, su fantasía, su observación y los mil dones con que la naturaleza lo dotó, encerrados en Escasú, no supone usted lo que me pasa ni cómo me rebelo contra las injusticias de la suerte. Si usted escribiera en Madrid o en París sería uno de los favoritos del público, porque tiene todo para hacerlo; hasta el calor y la simpatía humana que se desprende de cuanto usted produce.*

Hablando de todo esto, días atrás, con algunos americanos, me dijo un dibujante de Centro América, que quizás pronto vendría usted a Europa. No sabe cuánto me alegré!

Un escritor español, el Sr. Carmona Nenclares, que ha escrito un libro sobre mí, le cita allí a usted muchas veces. Creo que se lo ha enviado.

Le mando un abrazo cordial.

R. BLANCO-FOMBONA

## Ediciones Extraordinarias para el mes de Diciembre

Atendiendo a solicitud de muchos de los favorecedores de nuestra revista, hemos dispuesto preparar dos ediciones extraordinarias de 50 PAGINAS cada una, y que aparecerán el 1.º y el 15 de diciembre próximos. Dichas ediciones tendrán un tiraje de 10.000 EJEMPLARES, y el material literario ha sido seleccionado ya por eminentes colaboradores de «CULTURA». EL

ANUNCIO que usted inserte en tales ediciones será INMEDIATAMENTE conocido del público, pues nuestra revista tiene ya, después de ocho meses de labor fecunda, AGENCIAS HASTA EN LOS MAS LEJANOS LUGARES DEL PAIS. SU ANUNCIO, EN TAL OCASION, SERVIRA PARA QUE SU NEGOCIO ADQUIERA POPULARIDAD Y GANANCIA MAS EFECTIVAS.

deliciosamente parisiense; no solamente por su nacimiento, sino también por la elegancia, la gracia de su persona y de su espíritu; y lo era también por su existencia caprichosa, ardiente, variada, igualmente atormentada por el trabajo y el placer.

Es francés sobre todo y lo seguirá siendo entre todos los poetas de Francia, por su genio hecho de claridad, de distinción y de audacia, por su desprecio de las reglas establecidas, por su palabra espontánea y brillante, por ese amor a la mujer, amor sensual y caballeresco a la vez, que desborda en su obra y la llena de dolores y alegrías.

¿Cómo desde sus primeras obras el alma de la Francia no iba a vibrar al unísono con la suya?

Pero demasiado temprano la fiebre de las pasiones ha destruido este hermoso rostro de adolescente. Ved a Musset prematuramente envejecido, tal como lo ha pintado Máximo de Camp en sus memorias literarias:

“Alfredo de Musset entró y se sentó cerca de la chimenea, con el rostro aburrido de un hombre que ha concluido un trabajo forzado. Miraba a las mujeres como si buscara compararlas entre ellas. Lo pude conjeturar a mi gusto.

De su pasada belleza no había conservado más que una admirable cabellera rubia que doraba

el reflejo de las luces; la cara alargada había adelgazado notablemente; precoces arrugas acutuaban sus rasgos; en su frente había grandeza, pero el labio inferior parecía debilitado y daba al conjunto cierta expresión de entorpecimiento; su mano bella y cuidada arreglaba de vez en cuando los bucles de su cabello... Al cabo de una media hora se levantó de golpe, permaneció un instante inmóvil y atravesó el salón con paso tranquilo.

Cuando partió, una mujer, que por un espejo lo había seguido atentamente con la mirada, dijo:

—¡Pobre muchacho!... —¡De cuántos corazones de mujeres, este grito de piedad había surgido al relato de los sufrimientos y de las debilidades de este pobre corazón de poeta!

Ciertas naturalezas excepcionales tienen el privilegio de atraer hacia ellas la indulgencia y el afecto de las almas femeninas. Chateaubriand, aunque no lo merecía, fue uno de estos seres favorecidos. Musset lo fue también; pero al menos la sinceridad de sus afecciones, los transportes de su ardiente corazón, despertaban justamente las simpatías femeninas. No hay una mujer, aun entre aquellas que han sufrido más por sus inconstancias, sus crueldades y sus desdenes, no hay una que lo haya perseguido con deseos de venganza.

Todas fueron para él llenas de

clemencia y de misericordia. Ellas le han perdonado mucho porque él también las amó mucho.

Una pasión de la cual se ha removido demasiado las cenizas, había despertado desde su juventud en el alma del poeta los tormentos del amor y de los celos. Durante su vida Musset debía conservar la impresión dolorosa de esta pasión. Pero su sufrimiento ha exaltado su genio; es de esta época que datan las “Noches”, las más bellas páginas de su obra, las más bellas quizás de la poesía lírica francesa.

En vano escribe:

*Je te bannis de ma mémoire,  
Reste d'un amour insense . . .*

En vano dice en otra parte:

*Les larmes d'ici bas ne sont qu'une  
(rosée  
Dont un matin au plus la terre  
(est arrosée;  
Que la brise secoue et que boit  
(le soleil;  
Puis l'oubli vient au coeur com-  
(me aux le sommeil.*

Pero el olvido no le llega al corazón; el sueño huye de sus párpados. Su existencia se pasa lamentablemente buscando siempre sensaciones fuertes . . . Una mujer, una deliciosa artista que había asegurado en el Teatro Francés el éxito de su comedia “Un

capricho”. Mme. Allen, lo ama a pesar mismo de su abandono y de sus desórdenes.

Veinte veces estalla la ruptura . . . “Pero—dice ella—después de un tiempo más o menos largo vuelve a mí, ¡tan tierno y tan amoroso!, que no puedo resistirlo; él tampoco puede renunciar a mí, y por mi parte le perdono todo”.

Se le perdona todo . . . He ahí el secreto de su influencia sobre el alma femenina. Es una víctima del amor y una víctima sincera. Taine ha expresado muy bien los sentimientos que han despertado en las almas el poeta y su obra.

—No se le ha admirado—dice, —se le ha amado; más que un poeta era un hombre. Cada una encontraba en él sus propios sentimientos, los más fugitivos, los más íntimos; él se abandonaba se daba entero.

Poseía las últimas virtudes que nos quedan, la generosidad y la sinceridad. Y tenía el más precioso de los dones que pueden seducir a una civilización envejecida: la juventud.

Ved por qué las mujeres, todas las mujeres, desde las más modestas obreras hasta las más grandes damas, han sido los mejores artífices de su gloria; y por eso esta gloria impuesta por ellas es eterna, eterna como el amor y el dolor que constituyeron el genio del poeta.

Todo caballero que desee vestir  
con elegancia, que visite

## LA COLOMBIANA

Esta es la Sastrería de la gente de gusto refinado. Estilos modernos y las mejores clases de casimires.

**Francisco Gómez Z.**

Avenida Central, 75 varas al Oeste del Mercado

REGALOS FINOS, BARATOS,

EN LA JOYERIA

## LA ESMERALDA

Frente a la Inspección de Hacienda

# JUGUETES! JUGUETES!

INMENSO SURTIDO

A PRECIOS BAJOS

CONSIGUE UD. DONDE

**EDUARDO L. FERNANDEZ**

## La India

Apartado 1064 - SAN JOSE - Teléfono 2378

# OMAR DENGO

«Dos almas moran en mi corazón, que luchan, ¡ay!, por separarse. Una, ansiosa, al mundo mira; la otra, a los cielos aspira, etc.»

«FAUSTO» GÖETHE

A su lado siempre me sentí cerca de un espíritu superior, de una gran mentalidad y de un guía sabio.

Nunca lo creí menos pedagogo que Decroly, Dewey, Anglo Patri o Sanderson de Oundle; como filósofo no menos que Sócrates, que Marco Aurelio, que Epicteto. Como mentalidad moderna tampoco iba en zaga a Bernard Shaw, H. G. Wells, Antonio Caso, Unamuno y Vasconcelos; y como alma límpida, no menos que la de Leonardo de Vinci; diáfano, paternal, comprensivo, y, finalmente, estoico como José Martí.

Quien vive la vida para admirarla en sus manifestaciones más elevadas y busca en los espíritus que la han magnificado hechos como norma e ideas como fundamento, es natural que encuentre, en quienes admira, las mismas propias manifestaciones de excelsitud y de grandeza que las generaciones pasadas supieron descubrir y edificar para dignificar sus más grandes representantes y... ¿nuestra época podrá estar ayudada de ese privilegio? ¿Y el mundo habrá dejado de producirlos? ¿Y mi patria no ha tenido la suerte de ver nacer, crecer y morir a uno de ellos? ¿Y quién me asegura que aquel espíritu que vivió la vida de los santos, y murió como mueren solamente los hijos de los dioses y los grandes maestros de la humanidad, quién me asegura, repito, que no fuera él uno de ellos?

Pero este hombre no salió del marco estrecho de nuestras fronteras para que pudiera encontrar mentalidad propicia que le consagrara como un hombre eminente, como un sabio, como un filósofo, como el rey de la palabra en América. Nunca supo su patria estimarlo suficientemente, como para sentirse con el gran deber de cuidar de su vida, de hacerle amable la existencia y propicios el ambiente y medio para que se manifestase con toda la excelsitud de su talento.

Pasarán muchos años, quizá un siglo, sin que esta tierra produzca hombre igual, y cuando los que tuvimos la dicha de levantarnos muy temprano, antes de salir el sol para escuchar sus lecciones, sabemos, como Platón, que discípulo jamás oyó lecciones mejores y más llenas de enseñanza de maestro alguno. Era el hombre que ilustraba su lección con la fuerza misteriosa de su alma, y escuchábamos con la misma devoción su voz suave y dulce como el cantar de los yigüirros mañaneros que nos anunciaban el alba.

Pero un día vino el trabajador de la sombra y barrió del aula, como a una brizna, al maestro querido. Reapareció en la Escuela Normal luego y hasta allá acudía mi alma para escucharle. Y allá estuvo, bien olvidado por cierto; por iluso, por honrado, por noble, por recto, por valiente: por su talento, porque nunca su frente se inclinó hacia la tierra sino para saludar al sol, o para recibir a sus amigos o sus discípulos, o a los hombres a quienes él creía dignos.

«El hombre, que durante la vida ha renunciado a los placeres y a los bienes del cuerpo y los ha mirado como extraños y maléficos, que sólo se ha entregado a los placeres de la ciencia, y ha puesto en su alma, no adornos extraños sino adornos que le son propicios, como la templanza, la justicia, la fortaleza, la libertad y la verdad; semejante hombre debe esperar tranquilamente la hora de su partida para el Hades, estando siempre dispuesto para este viaje cuando quiera que el destino le llame». Así fué el maestro que un día llamó junto a su lecho de muerte a sus discípulos, familia y amigos para que escuchásemos sus últimas palabras, en la seguridad de que palabras dichas a tal altura de la vida, vibrarían hasta la eternidad en aquellas almas suyas por el afecto, por la amistad santa.

Y a la par del gran dolor que me dejó su partida, mi alma ha sentido la convicción honda, cierta, como verdad absoluta de que asistí a un magno acontecimiento; a la muerte de un santo, de un sabio, de un hombre cuyo conocimiento de la ciencia trascendente sólo podría alcanzarlo el genio del iniciado, del mago, o del super-hombre, el gran incomprendido en este mar de egoísmos, de infamias y de envidias.

En un rincón del mundo, cuando la civilización con su

radio, con su cable, con su aeroplano, salva los espacios y anula distancias; en una habitación modesta, humilde, expira el sencillo maestro de escuela, dejando el más sabio mensaje que maestro alguno de la época moderna haya dado en el último instante de su vida; como una llamada de alerta hacia todos los motivos de lucha que construyeron su vida, a la madre, la esposa, al hijo, al discípulo, al amigo, al maestro, al ciudadano, al sacerdote, al gobernante y al hombre del parlamento; todos pasaron por su mente y a todos dejó dicha su palabra de fe y de aliento. ¡Cuántos le han escuchado, cuántos le han defraudado, cuántos le han traicionado! Sin embargo, el espíritu trabajador del maestro vibra vigoroso en el alma de quienes supimos respetarle y amarle.

Fué el maestro en el más elevado sentido de la palabra. Ahora se ha querido enmendarle la plana, porque, según algunos de sus falsos admiradores, la Escuela tenía sus defectos; y es natural, él era un educador de almas, un modelador de espíritu, un creador de belleza interna y un exaltador del gran principio de inmortalidad que da la intuición necesaria para formular las plataformas sucesivas de las generaciones del futuro; era un creador de concepciones altísimas en los diversos campos del espíritu, y siempre tuvo horror al maestro masculador de personalidades, ese hábil formulador de rebaños de hombres convertibles, tanto en esclavos de sus propios instintos de animalidad como fieles servidores de tiranías políticas, de fetiches explotadores de la ignorancia, de la masa, y de la idolatría propicia para elevar a las mediocridades y a los caudillos. Su campo de trabajo fué el campo del espíritu; es natural que quienes no estén acostumbrados a trajinar por él, no alcanzarán a seguirle; ¿pero a cuál de estos trabajadores en el mundo no le ha sucedido cosa semejante?

Nunca lo dije, ni lo repitió; pero para quienes le han buscado siguiendo su vida como ejemplo, muy bien pudo haber afirmado en su escaso radio de acción: «Mi reino no es de este mundo». Aspiraba sí, a comprender dentro de su propio problema espiritual, el problema educativo. Desde este punto de vista no era el profesor del individuo, sino el artífice del alma amiga. Era, pues, el maestro de verdad.

Sus enemigos tuvieron su rato de regocijo: aún están alegres. . . pero éstos han de pasar al olvido y sumirse en las tinieblas del tiempo; mas el alma del maestro les hará sombra, porque enseñaremos a las generaciones sucesivas cuál fue el fin de nuestro amigo, del hombre, podemos decirlo, que ha sido el mejor de cuantos hemos conocido en nuestro tiempo; y por otra parte, el más sabio, el más justo de todos los hombres.

Un año ha trascurrido desde su muerte; sin embargo, nunca mi ánimo se sintió con suficiente fuerza o dignidad para escribir algo a la memoria del maestro; aún oigo el llanto de quienes de rodillas, con sus frentes unidas al lecho, o sus rostros llenos de dolor pegados a las cortinas de las ventanas del cuarto sollozan, y de cuando en vez, vuelven su mirada hacia el rostro tranquilo de quien nos deja para siempre. Pero ha pasado ese instante y de nuevo en la lucha, lanzo mi grito hacia la sombra para decirle: ¡Don Omar, aún estamos de pie!

Cuando nos llegue el turno de caer vencidos en el lecho, desapareceremos del campo de la lucha de los vivos, para entrar en el campo de la lucha de las almas. Allí estaremos entonces a su lado, dispuestos como hoy, a ser quienes escuchan en las mañanas claras de la eternidad, la palabra mágica del buen mensajero; caeremos para levantarnos y estar entonces de pie.

Si le hemos seguido hasta allí, será porque cumplimos bien su anhelo: «trabajar toda nuestra vida en adquirir la virtud y la sabiduría, porque el precio es magnífico y la esperanza grande».

MARCO A. ZUMBADO R.

San José, noviembre 16 de 1929.

# Acaba de publicarse “El Modernismo y los Poetas Modernistas”

Por R. Blanco Fombona

*Rufino Blanco Fombona, a quien no hace mucho propusieron para el Premio Nobel muchos eminentes literatos españoles, ha publicado un libro de crítica fundamental que tiene intensidad extraordinaria porque se refiere a un momento artístico que Blanco Fombona vivió en plena intimidad. De ese libro reproducimos a continuación algunas páginas, suficientes para juzgar del interés que el libro, cuya lectura recomendamos muy encarecidamente, tiene.*

## VIDA EN PARIS

Por aquel tiempo—comienzos del siglo XX—vivía yo mi juventud alegremente. Dinero, mocedad, salud, despreocupaciones, amor del arte, del placer, de la política, de las aventuras, del peligro. . . ¿qué me faltó? Los demás—y aun yo mismo—esperábamos de mí cosas estupendas. ¿Qué cosas? No podría precisarlas. Me batía en duelo, sin odio, por quitarme allá esas pajas; tenía amiguitas, caballos, perros, escopetas, espadas; habitaba un coquetón apartamento en la plaza de la Magdalena, en París; escribía versos; defendía, desinteresado, las causas justas; era campeón del ideal. . . No pudiera decir como el poeta español que a los treinta años mi alma yaciera «apagada y fría». Al contrario. Los treinta años cantaban en mi corazón canciones dionisiacas. Era feliz. Rubén Darío no me llamaba sino «el Príncipe».

Enrique Gómez Carrillo y yo nos reuníamos todas las tardes en el Círculo de la Esgrima; hacíamos cortos asaltos, nos duchábamos, y luego nos íbamos a Calisaya, al aperitivo, para regresar a comer al Club o meternos en algún restaurante del Boulevard. A media noche subíamos a Montmartre.

¡Qué mundo tan vario y sugerente frecuentábamos! Escritores, cancionistas, músicos, pintores, grisetillas. Los amores no duraban nunca arriba de una semana o dos. Recuerdo cierta guapa niña a quien le gustaba pegar para que le pegasen: me propinó una noche una torta que resonó en todo *Cyrano*. De entonces conservo un retrato que me hizo el dibujante ruso Widoff. Rubén a veces nos acompañaba y se arrinconaba a charlar con algún amigo de su preferencia, como el lúgubre poeta y cancionista Jehan Rictus, sobre quien escribió amenísimo artículo. No hacía asco a las mujeres; pero nunca gozó entre ellas de prestigio.

Sí, con su cabello gris acercábase—según más tarde cantó—a los rosales del jardín. Las mujeres reían de aquellas aproximaciones, dando a entender. . . lo que cada quién quisiera.

—Plural ha sido la historia de nuestros corazones—solía decir desde entonces.

Y Carrillo, cínico, corregía la frase:

—Plural ha sido la historia de nuestra concupiscencia.

Este sí disfrutaba de invariable éxito con las mujeres. Un día, una de sus amiguitas le cayó a tiros, por celos.

Carrillo rivalizaba entonces con Darío por cuestiones de periodismo bonaerense y de prebendas otorgadas por dictadores de Centroamérica, a quien ambos cosechaban.

\* \* \*

Estrada Cabrera, aquel Júpiter de Guatemala, muerto en su cama después de haber recibido los Santos Sacramentos y la bendición de Su Santidad, derramaba sobre Carrillo parca lluvia de oro. Parca, pero ininterrumpida: tenue llovizna o, como expresan en mi tierra, garúa.

¿Por qué? Por un periódico de jocoso recuerdo que editaba Carrillo en París o en Hamburgo, según las circunstancias.

Suponía aquel feróz pedagogo, que se quitó la chupa del dómene rural para vestir la púrpura de dictador, que el Universo

íntegro iba a admirarlo por los elogios de aquella eventual y errabunda gaceta. Suponía el pobre déspota que iba a sobornar a la posteridad con las escatimadas pesetillas que giraba a un joven poeta desaprensivo.

Trocar dinero por ditirambos, excelente negocio, máxime si las pesetas salen con cuentagotas y las loas se vuelcan por una cornucopia. Imaginábase el ingenuo pedagogo que las pletadas de hurras iban a ahogar el quejido de sus víctimas. Gómez Carrillo, en vez de los 30,000 ejemplares que entreveía en sus opiados y ambiciosos ensueños el infame Cabrera, tiraba sólo dos o tres docenas, y las expedía íntegras al maestra-cuela dictador.

Para mantener la ilusión, el travieso Carrillo—que siempre tuvo amigos y servidores *interlopes*—, en medio de relaciones de primer orden—hacía publicar en Hamburgo, por algún alemán barato, dos o tres sandeces contra Estrada Cabrera; luego las rebatía él mismo, indignado, o cualquiera de sus inúmeros incondicionales franceses. Oficina internacional para embaucar mandones bobos. Un pequeño Pactolo mensual doraba las manos de Gómez Carrillo. Y Gómez Carrillo, cuya generosidad carece de límites, derrochaba íntegro su peculio con la esplendidez de un rey asirio. De un rey asirio que, sobre tener dinero, fuese espléndido.

Rubén Darío lo admiraba por prestidigitador y lo temía. ¡Era tan endiablado y tan engarbullador aquel Enrique! Temía su lengua, su pluma, sus intriguillas, su inquietud, su cinismo sonriente, toda su manera de ser y de obrar. El nicaragüense era cazurro. El engatusador de Cabrera, por el contrario, un *charmeur*: posee el secreto de granjearse voluntades.

No he conocido a nadie que logre adquirir tan pronto imperio sobre las mujeres. Las damas le abren muy fácilmente las puertas de la casa y las del corazón. Los personajes más pletóricos de énfasis, de dinero, de suficiencia, se dejan, a la segunda conversación, dar palmaditas en el vientre por Carrillo. Los avaros le ofrecen dinero. Los más esquivos lo invitan y agasajan. Y Carrillo no sólo sabe granjearse voluntades, sino ponerlas al servicio de sus pasiones o de su interés.

En aquel tiempo sacaba dinero—muy hábil y aun muy lícita y laboriosamente—de Guatemala, de España y de Argentina.

El tiempo no eclipsará las dotes de Carrillo. Francia le otorgará la Legión de Honor en grado eminente; España no vacilará en ponerlo, como director, al frente de uno de sus mejores diarios; Argentina lo nombrará cónsul en París.

¿Qué mucho que, conociéndolo, temiese Rubén a Carrillo? Y no se limitó a temerlo, sino llegó a abominarlo. La razón, naturalmente, estaba de parte de Rubén. Este solía exclamar:

—El *dosier* de Enrique, que tiene la Policía parisiense, es tremendo.

No entraba en mayores explicaciones. A legua transparentábase que aquello era una hipótesis de la malquerencia rubeniana, o sugestión de malas lenguas: el diplomático de Centroamérica don Crisanto Medina, por ejemplo—a quien llamábamos don Crisantemo—, o el Sr. Tibbe, tío carnal de Gómez Carrillo. Vargas Vila decía que Enrique usaba como segundo apellido

(Pasa a la pág. 10)

# SANTIAGO DE COMPOSTELA

## EL MILAGRO

Esperemos el renovado prodigio. No va la serpiente de la leyenda a reventar ante la señal de la Cruz, ni los feroces toros de la reina Lupa han de dejarse uncir como leales y sumisos bueyes agrarios, ni por la trenza azul del Ulla avanzará el esquife de piedra que trae desde Jaffa el cuerpo del Apóstol. Menos aún hemos de ver aterrados morismas de bruces en la suprema oración del pavor, rotas por las herraduras claveteadas de luceros del immaculado caballo de Clavijo.

Todo esto está encerrado en las húmedas vitrinas y en los marchitos relicarios de la Tradición. Y, no obstante, el milagro es en Santiago algo que, con irreverencia, podríamos llamar sello o marchamo de la urbe, su razón de ser y su órgano cardíaco.

Yo te pido, hermano turista, que estrelles el reloj contra cualquiera de las viejas columnas que una legua antes de Compostela avisan, bajo los castaños o los pinos, al borde del camino real, la proximidad del pueblo jacobés.

—:—

Ya el tiempo se detuvo. El cielo es carroussel de hidrópicas nubes grises; los montes de fuerte línea de espinazo o fino contorno de pecho de mujer funden sus tonos en el plomo bajo el horizonte; el campo, como capote

## El Campo y la Estrella

Por RAMON FERNANDEZ MATO

de mendigo, destaca sobre el áspero siena de las tierras incultas el remiendo verdegay de las praderías y los zurcidos de plata de las bardas cubiertas de madre-selvas. Nubes de Ruisdael, colinas de Potter, campiña de Claudio Lorena.

Las veredas van escalando alcores como chiquillos curiosos, y, de pronto, ¡el milagro!

Un inmenso campamento inmóvil, acentuado aquí y allá por las soberbias torres cristianas, verticales y recogidas como banderas de granito. Una inmensa sinfonía de masas bajo una luz que anda de puntillas. Horno sin humo, Compostela muestra a los extasiados ojos su firme arquitectura de laboratorio de la fe y el románico se pega a la tierra con rudas y anchas raíces, consintiendo apenas que los campanarios escapen hacia lo alto con la imperante silueta del centinela entre el ejército dormido. Cierto que la ojiva abre por doquier sus armoniosos brazos para rezar, pero el macizo derrota los vanos los muros anulan la gracia de los pináculos. Tienen las bóvedas resonancias de pecho en el confiteor. Los pórticos gravitan humillantes. Lejos de aquí, la lujuria vegetal e incendiaria del gótico

Santiago es el poder; antes que el anhelo y el recreo, es un ceño mejor que una sonrisa; pide el punzón del aguafuerte y no la lengüecita del pincel resbaladizo.

Son las calles mudos desfiladeros, sobre los que la gárgola zarandea los dramáticos chorros ruidosos. Abren las quintanas sus lagunas de baldosas encuadradas por herméticos monasterios y ateridas casonas de próceres y dignidades.

Rezonan las fuentes su rosario perpetuo de agua montañesa, y los cabezudos clavos de los portalones lacran la vida de cada hogar.

Rompe tu reloj, viajero, que no ha de servirte para cronometrar el crecimiento del boj en los jardines conventuales, ni para establecer la divisoria inaprensible de los pausados crepúsculos yertos y de las castas noches de plata.

El milagro de Santiago es la inmovilidad, esa inercia augusta de castillo de Dios, su orgullo hierático de horno de la fe que se traga el humo ritual de los monstruosos incensarios y sofoca, con densos nublados, la tabla primitiva, el sollozo solemne de los bronce en la jaula majestuosa de las torres.

La veleta puede con el viento, como el bauprés alancea la galerna. En la cuadrícula de las rejillas se enreda el silencio.

Compostela, costrada de blasones, punteada de aras, muestra en los ciempiés fósiles de los soportales el símbolo de su quietud eterna.

De continuo la lluvia lava la anatomía giganteca de la ciudad y presta al musgo calidades de terciopelo inmarcesible y rompe las charcas el espejo antiguo del cielo.

La estrella se casó con el campo y el agro le regaló, arañándose las entrañas, las rocas que en otro tiempo sirvieron para perfilar en la cima de los castros la escueta y medrosa platina de los dólmenes.

La estrella se hizo amante del pino y el pino se vistió de campanario, cruzándose caballero. Sedujo el lucero las robledas y nacieron los porches rechonchos, de fustes enanos y arcos tímidos. Compostela es una sordomuda desposada con un fulgor.

Por allí han pasado los reyes, los capitanes, los trovadores y los preladados; pero en la insumisa plana de las baldosas los nombres desaparecieron, y sólo restan, abajo hondos cauces por los que patinan los ecos, y arriba la polvareda infinita de una cósmica estrada, tal que si el caballo legendario galopase aún, pulverizando astros y sacudiendo nebulosas.

(Pasa a la página 13)

## SONETOS DE ALVAREZ BERROCAL

### Noctilunar

*Algida así, como de mármol vivo,  
compareciste a mi postrer reclamo,  
sin proferir la vida de un "te amo"  
sobre mi arrobamiento suspensivo...*

*Las rosas de tu seno, con que privo  
la fragancia nostálgica del ramo  
de mi dolor, disipáronse en un gramo  
de odorante perfume fugitivo...*

*Y con la misma sed que el mal arrancas  
de mi pecho, tus crueles manos blancas  
conturbaron el fin de mi reproche...*

*Mientras, con negativo desconsuelo,  
sobre de los abismos de mi duelo  
nieve de luna perfiló la noche...*

Nov. 1929.

### Desolación ardiente

*Profusamente tu esquivez rehuye  
de mi amor la sutil melancolía,  
y plena de olímpica osadía  
el tirano desdén te constituye.*

*A mi esperanza el corazón afluye  
filigrana de ardiente poesía,  
en tanto que, tremante en osadía,  
el tirano desdén te constituye.*

*Hinca alfileres de acerado timbre  
sobre los madrigales, cuya urdimbre  
de mi veste interior resume gamas...*

*Y en la desolación de mi ternura,  
con tu desdén la sin razón procura  
de que sueñe infinito que me amas.*

Nov. 1929.

R. ALVAREZ BERROCAL

# Una carta inédita de Andrés Bello

(De Archipiélago, Santiago de Cuba).

Nuestro admirable amigo el doctor Víctor Andrés Belaúnde nos ha entregado una carta, hasta hoy inédita, de Andrés Bello, que le fue facilitada por el señor Jorge Corbacho, que actualmente reside en Nueva York.

Nos complacemos en publicar este documento—interesante como todo lo que se relaciona con el insigne humanista—en momentos en que se celebra en Chile el centenario del arribo de Bello a aquellas playas. La carta revela el austero carácter de Bello aún en las frases que puedan parecer más insignificantes, y es curioso observar cómo, cinco años antes de ir a Chile, ya lo preveía si bien en aquel momento las agitaciones internas de la vida chilena, que terminaron en 1831, le hacían considerar esa solución como difícil. Pensaba, además, que los chilenos lo mirarían como un advenedizo, y se equivocó: mucho debe Chile a Bello, pero es lo cierto que si hay algún país que ha reverenciado a un hijo adoptivo con mayor devoción que si fuera hijo propio, ese país es Chile en relación con Bello.

He aquí la carta:

“Londres, enero 6, 1824.

Señor Pedro Gual.

Mi estimado señor y amigo: Escribí tres meses ha una larga carta que espero haya tenido la fortuna de despertar en U. la memoria de un compatriota, hijo, (si no me engaño) de la misma ciudad, criado a los pechos de la misma alma parens, quiero decir, de nuestra vieja universidad y seminario de Santa Rosa. ¿Y qué es de nuestra anciana y venerable nodriza? ¿Ha desechado ya enteramente el tontillo de la doctrina aristotélico-tomística, y consentido vestirse a la moderna? No dudo que sí, porque el impulso dado a las opiniones por la revolución, no ha podido ser favorable a las antiguallas con que se trataba de dar pábulo a la imaginación más que al entendimiento de los americanos para divertirlos de otros objetos. Yo tengo ansia de saber qué se ha hecho en Bogotá, qué en Caracas, qué en Quito, qué en los otros pueblos de Colombia para plantear el nuevo edificio de educación literaria y científica, en que oigo se ocupa la atención de la legislatura.

Pero no es éste, amigo mío, el asunto de la carta con que empiezo a molestar a U. El que hoy me ocupa en preferencia a todos

los otros es volver a Colombia. Tengo una familia; palpo la imposibilidad de mantener y educar a mis hijos en Inglaterra, reducido a mis medios actuales. Los

que debo a la bondad del Gobierno, por mejor decir, del señor Irisarri, no me bastan. Por otra parte me es duro renunciar al país de mi nacimiento, y tener

tarde o temprano que ir a morir en el polo antártico entre los **toto divisos orbe chilenos**, que sin duda me mirarán como un advenedizo; y U. no ignora que el espíritu de rivalidad y de celos que siempre ha habido entre los varios pueblos de América, obra hoy con doblada fuerza cuando se trata de Colombianos. Agregue U. el costo de trasladarse una familia de Inglaterra a Chile. ¿Esperaré a ahorrar lo necesario para sufragar este gasto cuando antes bien veo que me voy empeñando cada día más? Pero lo peor de todo es que la remoción del señor Irisarri de este destino ha hecho mi permanencia en él apenas compatible con la delicadeza de un empleado. El Gobierno de Chile no me ha hecho saber que ha confirmado mi nombramiento, para con su actual ministro en Londres no tengo recomendación del mundo en haber sido protegido y estimado de su antecesor. En una palabra, ni puedo continuar en este empleo, sin desaire; ni fundar en él esperanzas de un establecimiento, que me asegure la subsistencia de mi familia ni aún dentro de los moderadísimos límites a que se ha ceñido mi ambición.

El Libertador, cuando nombró nuevamente al señor Méndez para representante de Venezuela, tuvo la bondad de nombrarme a mí en 2o. para en caso de no existir aquí el señor Méndez. He cultivado, como U. sabe, desde mi niñez las humanidades; puedo decir que poseo las matemáticas puras; y aunque por falta de medios he carecido del uso de instrumentos, he estudiado todo lo necesario para la descripción de planos y mapas. Tengo además conocimientos generales en otros ramos científicos. Disimule U., amigo mío, estos pormenores en que ha rebosado algo de vanidad o presunción; pero los creo necesarios para que U. califique, no solo el mérito que pude haber contraído, sino también la especie de destino que me convendría.

U. no ignora mis antiguos hábitos de estudio y laboriosidad y los que me han conocido en Europa saben que los conservo, y que se han vuelto en mí naturaleza. Concluyo recordando a U. dos circunstancias: la 1a. que tengo familia; y la 2a. que empiezo ya a declinar **into the vale of years**. Haga U. lo posible por un compatriota cuya desesperada situación es cada día más embarazosa y difícil, y mande a un admirador y amigo, que se repite de U. con el mayor afecto y respeto,

(f.) A. BELLO.

## En la Necrópolis

A Juan María Castro Dobles  
en su doloroso duelo.

*Detén tu paso, rápido viajero;  
hay aquí una estación imprescindible,  
un vórtice, un abismo, la infalible  
conclusión de tu\*grávido sendero.*

*Hay, además, el lúgubre letrero:  
«Descanse en paz», leyenda ya ilegible  
cual la de un palimpsesto incomprensible,  
y está Caronte, el trágico barquero.*

*Detén tu paso, lívido viandante,  
y descifra este enigma escalofriante:  
en el rumbo que marca nuestra suerte,*

*¿qué es mejor al espíritu divino,  
ser de la vida breve peregrino  
o vasallo perenne de la muerte?*

Camilo Elías Palacino

San José, 2 Nov. 1929.

## Nuevo libro del profesor Figuer del Valle

En la revista del Colegio Superior de Señoritas, en un solo volumen que tiene tres números agrupados, aparece la nueva obra del Ingeniero señor Figuer del Valle. Se llama: «Las Teorías de Einstein».

Revela este libro los amplios conocimientos científicos de su autor. Las autoridades, de todos los órdenes del saber humano, que menciona el egregio profesor, dan idea de la dedicación que ha puesto en el estudio de las obras maestras.

Ha tratado de exponer, en forma clara y concisa, las teorías del matemático europeo, en lo que tienen de más sustancial y característico.

Necesitábamos en Costa Rica un expositor de estas doctrinas,

que divulgase, entre estudiosos, los conocimientos ultramodernos de Einstein.

No en vano el Gobierno de Costa Rica le ha concedido al señor Figuer del Valle el título de Profesor de Estado en Matemáticas. En estas páginas se ve hasta qué punto es merecedor Figuer del Valle del honor que le han conferido.

La revista CULTURA, deseosa de mejorar sus servicios informativos, dedicará, del próximo número en adelante, una sección científica que mantendrá, con la altura que revelan estas páginas sobre Einstein, un enorme interés. Aprovechamos esta ocasión de la salida de su nueva obra, para anunciarlo al público americano que nos lee.

# El Modernismo y los Poetas Modernistas

(Viene de la página 7)

el Carrillo y no el Tible, para que no lo llamasen *Comestible*. El tío de Carrillo era un hombrecito embrollón, capaz de todos los males sin mezcla de bien alguno. Llegó al colmo la animadversión recíproca de aquellos parientes amigos. Nos comisionó el sobrino una vez a cierto tronado conde francés—buen hombre que abominaba de los duelos, quizá por las agarronas que tuvo con su mujer—y a mí para desafiar al tío. El tío, alebronado, no quiso dar el pecho. Aquel desafío, aunque frustrado, horrorizó a Darío.

—Un día de éstos Carrillo me desafía y me mata—pensaba Rubén.

Pero luego reportábase:

—No, no me matará, porque no me batiré.

Yo trataba de disuadirlo de tan absurdos pensamientos. Absurdos en cuanto a suponer que pudiéramos permitir que el pobre Rubén fuera a servirle de juguete en esa forma a Carrillo. Rubén agradecía, aun sin hablar, con la mera expresión del rostro, la seguridad que se le daba. Tenía a la muerte miedo físico y miedo metafísico.

Una tarde, mientras paseábamos en coche por el Bosque de Bolonia, Rubén, hablando de su rival, exclamó:

—No quisiera que lo matasen, pero sí que se muriese.

La frase pinta a Darío: un poquillo cobarde, no confiesa con decisión el mal porque suspira; o más bien bonachón, incapaz de un odio ceñudo, no se atreve a desear para su adversario todo el mal que pudiera.

\* \* \*

En 1904 escribió, a petición del «Príncipe», estando yo en Madrid de paso—y él con un mejicano que le invitó y pagó el viaje, en Italia—, el prólogo de *Pequeña ópera lírica*.

Esa página florentina se mira hoy como una de las más bellas que se conservan de Darío.

En efecto, es magnífica. Pinta allí nuestra vida de París nuestros caracteres, nuestras conversaciones, sin nombres propios, y trasponiéndolo todo, con arte sumo, a la Italia de los Médicis. Sólo un maestro pudo concebir y realizar la primera parte—o llámese fachada—de aquella arquitectura renacentista.

Eso fue en la primavera. En el verano me fui yo a Holanda. A principios del otoño volvimos a juntarnos en París.

Cierta noche, después de haber comido y bebido copiosamente, nos sentamos en una terraza del Boulevard, en la «Taverne viennoise», después de 1914 «Café-restaurant d'Angleterre».

No sé por qué se amoscó un poco Rubén con algo que yo dije. Sacó una hoja de papel, escribió unas líneas y me pasó lo escrito.

Era una cuarteta:

*La palabra de Darío  
la volverás a encontrar  
cuando las ondas del río  
sean las ondas del mar.*

Aquella nubecita se disipó la misma noche. La palabra generosa de Darío volvió a sonar espontánea, y más de una vez en mi honor.

Parlé a Venezuela. A promedios de 1905 ocurrióme un drama sangriento mientras ejercía la gobernación del Territorio Amazonas. Caí preso. Entonces escribí en la cárcel de Ciudad Bolívar mi novela *El hombre de hierro*. Rubén Darío se acordó del ausente y publicó un artículo con motivo de aquella novela. Del autor decía:

«Es de los que han nacido para realizar grandes cosas (más allá del Bien y del Mal, si gustáis), y las realizará, como no llegue antes el instante que corta el vuelo de los más fuertes cóndores o impide el salto de los más hermosos leones».

¡Con qué melancolía y qué vergüenza respondo ahora, con una vida fracasada, al mal profeta!

En 1907 volví a Europa. Continuamos la misma cordial amistad de siempre. Al año siguiente apareció en París, traducida en francés por el poeta suizo Frederic Raisin, la *Pequeña ópera lírica* con el título *Au déla des horizons*. . .

Yo había regresado a mi país, y se me olvidó enviar el

volumen a Rubén. Cuando años adelante, en 1910, él me lo pidió y yo se lo di, mandó sobre aquella traducción una elogiada correspondencia a *La Nación* bonaerense.

Volví, pues, a encontrar más de una vez la generosa y férvida palabra de Darío.

\* \* \*

En 1911 me radiqué en París, después de errar varios meses en busca de arraigo por España, Holanda, Bélgica y Alemania. Volvía esta vez a Europa en condiciones morales y económicas bastante mediocres.

Me había yisto forzado a retrovender, desde la prisión, a toda carrera, una pequeña finca de café; salía de un año de cárcel; me desterraba de mi país, sacándome de la mazmorra entre esbirros, hasta dejarme a bordo del buque español—el *Antonio López*—que me condujo a Barcelona, una dictadura soez y patibularia.

No contaba para vivir y afrontar el sombrío futuro sino con mi trabajo y la corta renta de unos cupones del Banco de Venezuela.

El poco dinero que llevaba no iba a derrocharlo en franquachelas sin saber aún cómo orientarme, no gustando de pedir ni habiendo pedido jamás a nadie favores pecuniarios.

Hablo demasiado de mí; pero sería imposible referir nuestras relaciones si omitiese esenciales circunstancias de carácter o de vida, clave de nuestra amistad y de nuestra ruptura. Lo desleal sería desfigurarle a él o embellecerme a mí. Pintarnos como fuimos, no.

Aunque muerto hace poco, relativamente, Rubén Darío ha crecido tanto, que tratar de él sin mucho respeto, como de un camarada cualquiera, parece irreverencia.

Pero, diablos, era de carne y hueso como todos nosotros.

No vivía envuelto en una nube, sino mezclándose a la vida impura y a los hombres microscópicos. Hay que hablar de él como de un hombre.

Una de las características de la psicología de Rubén—la más lamentable tal vez—no consiste en que amase el lujo y se inclinase ante la fuerza. Consiste en que, sin ser hombre de maldad activa, consciente, deliberada, más aún, siendo hombre bueno en el fondo, jamás tuvo conmiseración por los débiles ni lástima de la desvalidez.

Lo que no fuese oro, mármol, terciopelo, salud, fortuna, fausto, le era antipático. Era el hombre de su literatura: toda esplendor y sensualidad.

Sería, con todo, injusto asegurar que la belleza moral no lo sedujese en la vida o estuviese ausente de su literatura. . . Pero si Rubén admira y canta—¡y de qué modo maravilloso!—a San Francisco de Asís, ¿cuándo lo canta y admira? Observadlo bien: es en el tramonto de la vida del poeta cuando el poeta celebra al noble Francisco, y más por lo pintoresco de aquel trasunto de Jesús que por lo santo. En el fondo es al fiero lobo de Gubia a quien celebra, y no al santo de Asís.

Una tarde, al anochecer, presentóse Rubén en casa. Iba por mí para que cenásemos juntos.

Yo vivía en la calle Gay-Lussac, en un quinto piso.

Rubén arribó, jadeante.

Mientras colocaba su sombrero de copa y sus diplomáticos guantes de Suecia sobre una mesita, no pudo contenerse y exclamó:

—No, Rufino; no me acostumbro a verlo a usted en este pisito.

Sonreí. ¡Qué lástima me daba el gran poeta infantil! ¡Cuántas veces había yo vivido peor!

—Eso es la vida, Rubén—le repuse.

—¡Y yo que le había augurado el destino de un Rey! . . .

—Sí; usted me dijo, como el hada: «Tú serás Rey». Pero los reyes de la democracia se juegan la cabeza al Trono. Yo he jugado mi destino a cara o cruz. He jugado y he perdido.

—¡Pero este cuartito! . . .

—Este cuartito, la pezuña de cerdo que usted mira sobre mi carne, la mano asesina que amorata mi cuello, son episodios de la lucha. He perdido: hay que pagar en sufrimiento. Eso es todo.

—Sí; «eso es todo, y nada más». Es decir, eso es el infortunio, según el fatalista cuervo de Poe.

Concluyó con estas palabras impertinentes:

—Ya no me atrevo a repetirle: «Tú serás Rey».

## Políticos y filántropos

La compasión no hizo progresar nunca a los hombres ni a las naciones. No necesitamos un gobierno compasivo; necesitamos un gobierno libre y justo.

Los grandes proyectos de mejoras sociales se basaron al ser rectamente concebidos en la justicia y no en la misericordia. Su fundamento es el derecho de los hombres a respirar aire sano para vivir; el derecho de las mujeres a criar sus hijos libres de esas cargas que traen consigo la enfermedad y la ruina; el derecho de los niños a crecer y a hacerse fuertes. Se basan en todas esas cosas que presionan el corazón, pero que hablan también a la inteligencia llevándole el convencimiento de que son la justicia fundamental de la vida.

Tal es la diferencia entre los

políticos y los filántropos. En la filantropía obramos a veces únicamente por piedad, mientras que en la política procedemos siempre, si somos rectos, por motivos de justicia, en una amplia utilidad para todos.

En ocasiones, la compasión nos lleva a hacer cosas más que justas. Debemos perdonar a los hombres; debemos auxiliar a los que fueron por mal camino; algunas veces hasta a los que delinquieron. Pero la ley no puede olvidar. Su deber es igualar las categorías, señalar el sendero del bien y abrir el camino seguro y ventajoso. Que todos tengan probabilidad de vida y de ayuda. Que la injusticia y la maldad no caigan sobre nadie.

Woodrow Wilson.

## Elogios

El elogio de los admiradores es lo que más pone a prueba la fe y la constancia de un artista. Se puede resistir a la censura, aun a la más despiadada y acre, pero ¿cómo no llenarse de tristeza ante ciertos elogios que los entusiastas del literato o del orador publican?

En ellos, con la mejor intención, un aspecto de la obra que no tiene importancia es señalado y ensalzado. Se deja pasar, en cambio, un matiz delicadísimo, tenue, en que el autor ha puesto su espíritu. La ironía es acaso tomada por actitud de seriedad y recta afirmación: en tanto que una aseveración que se ha hecho

burla burlando, pero con mucha gravedad en el fondo, es considerada como una leve chanza. Alegrías que en lo substancial son tristezas, pueden pasar por inofensivas alegrías y, en cambio, se ve tristeza donde el autor no ha hecho sino pasar con indiferencia y con desdén.

No estime el político, el literato o el artista, un elogio en más de lo que realmente vale. Agradezca la buena voluntad de los que le elogiaron; pero por encima de los ditirambos, de las hipérbolos y de los entusiasmos de sus admiradores, sepa él poner un ligero y amable desdén.

Azorín.

## El literato según Guy de Maupassant

Lejos de tenérsenos envidia, somos dignos de lástima. ¿Que no? Pues he aquí las diferencias que existen entre el literato y los demás hombres:

En el literato no se encuentra ningún sentimiento simple: todo cuanto ve, sus goces, sus alegrías, sus pesares, sus desesperaciones, son asuntos inmediatos de observación. A pesar de todo, a pesar suyo, analiza sin cesar las almas, los rostros, las personas, las entonaciones. Cualquiera cosa que ve o que haya visto, en el acto necesita desentrañarle el sentido. No hay entusiasmo, ni grito, ni beso que sean espontáneos; ninguna de esas acciones que se hacen porque deben hacerse, brota de su corazón sin que preceda la comprensión y la reflexión.

Si sufre, toma nota de su sufrimiento y lo clasifica en la memoria.

A su pesar, él lo ha visto, observado y retenido todo, porque ante todo es literato y su espíritu es formado de tal modo, que en él la repercusión es mucho más viva, más natural, por decirlo así, que la primera sacudida; es más sonoro el eco que el sonido primitivo.

Parece que tuviera dos almas: la una que nota, explica y comenta cada sensación de su vecina, el alma sobrenatural, común a los demás hombres. Vive condenado a ser siempre, en toda ocasión, reflejo de sí propio y de los demás; sujeto a mirar, sentir, obrar, amar, pensar y sufrir, y a no sufrir jamás, ni pensar, ni amar, ni sentir como todo el mundo, franca y sencillamente, sin analizarse a sí mismo tras de cada alegría o tras de cada so-  
llozo.

## Anecdótico clásico

El marqués de Chamcenets, oficial de guardias franceses, iba por el campo subido en un soberbio caballo, cuando se encontró con un cura de las cercanías, que iba modestamente en un asno.

—Señor abate, ¿cómo va el burro?—le preguntó irónicamente el oficial.

—A caballo, señor oficial; a caballo—replicó el cura.

Felipe el Bueno, duque de Borgoña, perdió, a consecuencia de una penosa enfermedad, todo el pelo y ese contratiempo fue tanto más desagradable para él cuanto que acababa de desposarse con la hermosa princesa Isabel de Portugal. Para disimular su calvicie se cubrió la cabeza con una pequeña gorrita negra; pero estaba muy feo y la linda princesa no dejaba de notar la fealdad.

Un prelado, que gozaba de gran crédito en la corte, ofreció un premio de importancia al que descubriese un medio de disimular la calvicie.

Al cabo de algún tiempo un extranjero solicitó que el prelado lo recibiese. Le presentó una especie de gorro, cubierto de larga y espesa cabellera rubia, tan natural, como si hubiese crecido en cabeza humana.

A la vista de aquella obra maestra, el prelado lanzó un grito de alegría.

—¿Tu nombre?—dijo al extranjero.

—Pedro Lorchant, monseñor; barbero domiciliado en Dijon.

En la noche de aquel día memorable, Felipe V dió a los habitantes de Bruselas un baile, en el que se presentó cubierta la cabeza con la hermosa peluca rubia.

Fue Jacobo, rey de Escocia, quien castigó con la pena de Talión la crueldad de un barón escocés. Este noble provocó con su constante opresión las quejas de una pobre mujer de sus dominios señoriales, y como la ofendida le dijera que iría a dar parte al rey de la conducta que con ella observaba el feroz aristócrata, éste

la hizo herrar, diciéndole: "Así podrás ir mejor y más cómodamente a quejarte ante el rey".

Supo Jacobo este inhumano martirio, y entonces fue cuando ordenó que al culpable se le destrozasen las plantas de los pies, clavándole unas herraduras.

El Conde de Conflans, bromeando un día con el cardenal Luynes, censuraba a éste humorísticamente el que consintiera que en las altas ceremonias se dejara llevar la cola de la púrpura cardenalicia por un caballero de la Orden de San Luis.

Su eminencia contestó que desde tiempo inmemorial ocurría esto, y en cuanto a él, siempre entre sus caudatorios o portadores de su manto habían figurado ilustres próceres y, si no estaba equivocado, algunos de ellos llevaban el apellido y las armas de los Conflans.

—No me extraña—respondió el conde,— porque los Conflans siempre hemos sido aficionados a tirar de la cola al diablo.

Decían a un ateniense:

—Tu mujer es muy bonita, pero habla tan mal que no sé cómo puedes oírla con paciencia.

—Es cuando habla—replicó el aludido,—no la oigo, la miro.

Luis XIV hallábase en su capilla de Versailles, cuando el comediante Armand quiso entrar en ella, pero el suizo, que estaba de centinela en la puerta, no le dejó entrar.

—Soy el barbero del rey—explicó Arand.

—Su Majestad no se afeita en la capilla—replicó lógicamente el suizo.

Le preguntaron a Scarron:

—¿Por qué, si el conde de Arcy es tan mentiroso, le llama usted "saco de verdades?"

—Porque como no ha dicho ninguna en su vida, las debe tener todas muy guardadas.

CULTURA, como su nombre lo indica, no tiene otra mira que el cultivo y la difusión de las letras nacionales; por este motivo ayudar a su publicación con anuncios o suscripciones, es contribuir noblemente a la realización de tan alto empeño.

## Cuatro poemas de "El Jardinero"

—No cierres tu corazón al amor porque te dé tristeza, y ten esperanza.

—¡Qué oscuro hablas! No te puedo comprender. . .

—El corazón no puede darse sino en lágrima o canción. . .

—¡Qué oscuro hablas! No te puedo comprender. . .

—Breve es el placer, como una gota de rocío, y mientras ríe, se muere. La pena, en cambio, es larga, y permanece. . . ¡Que el amor triste despierte en tus ojos!

—¡Qué oscuro hablas! No te puedo comprender. . .

—Por no esperar en capullo, entre la nieve eterna del invierno, el loto se abre al sol y pierde cuanto tiene. . .

—¡Qué oscuro hablas! No te puedo comprender. . .

\* \* \*

Tengo sus manos en las mías, y la estoy abrazando contra mi corazón. . . ¡Querría llenar mis brazos de su hermosura; robarle su sonrisa dulce con mis besos; beber con mis ojos su mirada negra. . . ! Sí, sí, ¿pero cómo podrá ser eso? ¿quién puede aspirar su azul al cielo?

¡Anhelo aprisionar la belleza, y la belleza se me va, dejando sólo un cuerpo entre mis manos. . . ! Y desisto, vencido y jadeante. ¡Ay! ¿Cómo tocará la carne esa flor que sólo puede tocar el espíritu?

\* \* \*

Inquieto estoy y sediento de cosas lejanas, y el alma se me abre en un anhelo de llegar al fin de las remotas vaguedades. Y tu flauta me llama penetrante ¡oh, más allá sin nombre! y yo me olvido de que estoy sin alas, preso en esta cárcel para siempre.

Ando ansioso y desvelado; como un extranjero soy, en tierra dura. Tu aliento me llega, susurrando en una lengua que mi corazón entiende como suya, una esperanza imposible. Y tu flauta me llama penetrante ¡oh, secreto lejano! y yo me olvido de que no sé la senda, de que el alado corcel no está conmigo.

Desganado, voy peregrinando por mi propio corazón. En la niebla soleada de las horas lánguidas, ¡qué inmensa visión de tí se alza en el azul del cielo! Y tu flauta me llama penetrante ¡oh último fin! y yo me olvido de que esta casa en que vivo solo, tiene cerradas todas sus puertas.

\* \* \*

Tus ojos me preguntan tristes, y quieren ahondar en mi sentido como la luna en el mar.

Sin esconder ni retener nada, te he desnudado mi vida, desde el principio hasta el fin. ¡Por eso no me conoces! Si yo fuera sólo una joya, podría partirme en mil pedazos y hacerte una sarta para el cuello. Si yo fuera sólo una florecilla redonda y dulce, podría

arrancarme de mi tallo y ponerme en tu pelo. Pero ¿dónde están, amor, los confines de mi corazón?

Tú no conoces bien mi reino, aunque seas su emperadora. Si esto fuera sólo un momento de placer, florecería en una sonrisa fácil y tú podrías verla y comprenderla en un instante. Si fuera esto sólo un dolor, se derritiera en claras lágrimas y tú verías lo más hondo de su secreto sin hablar él una palabra. Pero esto es el amor. Su dolor y su placer no tienen límites, y son sin fin en él necesidades y tesoros. Está cerca de tí como tu vida misma, amor mío, ¡pero tú nunca podrás llegarlo a conocer del todo!

RABINDRANATH TAGORE

(Traducción de Zenobia Camprubí de Jiménez.)

## Hay que sintetizar

La vida vertiginosa moderna no permite detenerse mucho en lecturas extensas de las que a veces nada se saca, pues pudo decirse aquello en pocas líneas. De aquí la tendencia a sintetizar en el campo intelectual y especialmente en el periodismo. Poco efecto hacen los artículos kilométricos, salvo que no sea posible, por la trascendencia del tema, resumirlos hábilmente. Pero en pequeñas dosis aprovechan más las sugerencias y los pensamientos.

Así lo ha comprendido el conocido filósofo y escritor centroamericano don Moisés Vincenzi que ha coleccionado, en un manual cuadernito, breves preceptos que equivalen a largas disertaciones morales. He aquí algunos ejemplos tomados al caso: «Es peor la simulación de la dulzura que la dureza de la sinceridad.—Recuerda el pecado para combatirlo: no para vengarlo.—En la vida trabaja menos el acero con que

atacas que el escudo que te defiende.—Lo que la inspiración eleva, los ideales lo mantienen.—Este es un hombre práctico: ha logrado hacer la centésima parte de lo que habla.—La ley más sabia es la que reglamenta su propia reforma.—La voluntad es la fuerza motriz; el pensamiento, la maquinaria; la emoción estética, la obra final de la vida.—Cuando te sorprendas envidiando, despréciate.—Cuando un político trate de humillarte con sus éxitos, mira qué papel hace para que seas modesto y dulce con los tuyos».

Los «Preceptos» de Moisés Vincenzi son saludables siempre. Revelan honda meditación y pleno conocimiento del corazón humano. Y halaga su forma comprimida, como la quinta esencia moral.

Refiriéndose a la forma abreviada que ha adoptado, razona en contra de los capítulos interminables y de cuanto, en la rapidez de la hora, llega a cansar y, por tanto, resulta de poco provecho. El alimento espiritual debe ser condensado.

«La obra de los antiguos es, dice, sobre todo concisa, corta, profunda. Recuérdense los griegos, los alejandrinos, los romanos y en épocas posteriores, los escritos de los mayores ingenios de la tierra. Al menos se ha salvado de ellos lo que, por su intensidad, mereció el respeto de los siglos».

Es difícil sintetizar al entendimiento humano. Por esto aprovecha esta disciplina. La sustancia se encierra siempre en pequeñísimo espacio. Un dístico se graba más en la mente que un largo poema. Una de las más difíciles formas artísticas ha sido, por esto el soneto. Huyamos de los esframbotes.

(De «El Comercio», de Quito, Ecuador.)

## “Cultura”

ofrece al comercio en general, por medio de su sistema económico y efectivo de anuncios,

**Grandes Ventajas**  
para la  
**propaganda de**  
**sus mercaderías**  
en la capital y en  
provincias

### El apoyo que el Profesor don Luis Dobles Segreda dio a las letras nacionales.

Caído de su alta posición de Secretario de Estado el Prof. Dobles Segreda, da pie para que se empiece a juzgar su labor sin recelos y maledicencias de parte de los suspicaces que la atacaron, por pasión, por envidia o por ambas cosas a un tiempo.



*Jamás tuvieron los hombres de letras de todos los partidos, de todas las tendencias, de todas partes, un apoyo más resuelto y más continuado que el que les supo ofrecer, con hidalguía y amplia visión de la cultura, Luis Dobles Segreda. Por influencias suyas se publicaron, en sus tres años de Ministerio, más de sesenta libros. Todos quisieron publicar y todos lo consiguieron, sus amigos y sus enemigos. Más de uno de aquellos recibió la protección del hombre de*

letras a quien combatieron siempre.

CULTURA felicita, con toda el alma, en el Prof. don Luis Dobles Segreda, al protector del libro costarricense. Honor que basta, por sí solo, para considerarlo uno de los mejores Ministros que ha tenido, en todos los tiempos de su historia, la República.

Como no hay sitio disponible, la colaboración nacional para CULTURA será rigurosamente solicitada.

Nos reservamos el derecho de escoger nuestros colaboradores costarricenses.

## ESTAMPAS OLVIDADAS

## LA FONTANA DE ORO

En la *Fontana* es preciso demarcar dos recintos, dos hemisferios: el correspondiente al café, y el correspondiente a la política. En el primer recinto había unas cuantas mesas destinadas al servicio. Más al fondo, formando un ángulo, estaba el local en que se celebraban las sesiones. Al principio el orador se ponía en pie sobre una mesa, y hablaba; después el dueño del café se vio en la necesidad de construir una tribuna. El gentío que allí concurría era tan considerable, que fué preciso arreglar el local, poniendo bancos *ad hoc*; después, a consecuencia de los altercados que este club tuvo con el *Grande Oriente*, se demarcaron las filia-ciones políticas; los exaltados se encasillaron en la *Fontana*, y expulsaron a los que no lo eran. Por último, se determinó que las sesiones fueran secretas, y entonces se trasladó el club al piso principal. Los que abajo hacían el gasto tomando café o chocolate, sentían en los momentos agitados de la polémica un estruendo espantoso en las regiones superiores; de tal modo, que algunos, temiendo que les viniera encima el techo con toda la mole patriótica que sustentaba, tomaron las de Villadiego, abandonando la costumbre inveterada de tomar café.

Una de las cuestiones que más preocupaban al dueño fue la manera de armonizar lo mejor posible el patriotismo y el negocio, las sesiones del club y las visitas de los parroquianos. Dirigió conciliadoras amonestaciones para que no hicieran ruido pero esto parece que fue interpretado como un primer conato de servilismo, y aumentó el ruido y se fueron los parroquianos.

En la época en que nuestra historia se refiere, las sesiones están todavía en la planta baja. Aquéllos fueron los buenos días de la *Fontana*. Cada bebedor de café formaba parte del público.

Entre los numerosos defectos de aquel local, no se contaba el de ser excesivamente espacioso: era, por el contrario, estrecho, irregular, bajo, casi subterráneo. Las gruesas vigas que sostenían el techo no guardaban simetría. Para formar el café fué preciso derribar algunos tabiques, dejando en pie aquellas vigas; y una vez obtenido el espacio suficiente, se pensó en decorarlo con arte.

Los artistas escogidos para esto eran los más hábiles pintores de muestra de la Villa. Tendieron su mirada de águila por las estrechas paredes, las gruesas columnas y el pesado techo del local, y unánimes convinieron en que lo principal era poner unos capiteles a aquellas columnas. Improvisaron unas volutas, que parecían tener por modelo las morcillas extremeñas, y las clavaron, pintándolas después de amarillo. Se

pensó después en una cenefa que hiciera el papel de friso en todo lo largo del salón; más como ninguno de los artistas sabían tallar bajo-relieve, ni se conocían las maravillas del cartón-piedra, se convino en que lo mejor sería comprar un listón de papel pintado en los almacenes de un marsequés recientemente establecido en la calle de Majaderitos. Así se hizo, y un día después la cenefa, en-

grudada por los mozos del café fué puesta en su sitio. Representaba unos cráneos de macho cabrío, de cuyos cuernos pendían cintas de flores que iban a enredarse simétricamente en varios tirso adornados con manojos de frutas, formando todo un conjunto anacreónico-fúnebre de muy mal efecto. Las columnas fueron pintadas de blanco con ráfagas de rosa y verde, destinadas a hacer

creer que eran de jaspe. En los dos testeros próximos a la entrada, se colocaron espejos como de a vara; pero no enterizos, sino formados por dos trozos de cristal unidos por una barra de hojalata. Estos espejos fueron cubiertos con un velo verde para impedir el uso de los derechos de domicilio que allí pretendían tener todas las moscas de la calle. A cada lado de estos espejos se colocó un quinqué, sostenido por una peana anacreónico-fúnebre también, donde se apoyaba el receptáculo; y este recibía diariamente de una alcuza, que detrás del mostrador había, la substancia necesaria para arder macilento, humeante triste y hediondo hasta más de media noche, hora en que su luz, cansada de alumbrar, vacilaba a un lado y otro como quien dice *no*, y se extinguía, dejando que salvaran la patria a obscuras los apóstoles de la libertad.

El humo de estos quinqués, el humo de los cigarros, el humo del café habían causado considerable deterioro en el dorado de los espejos, en el amarillo de los capitales, en los jaspes y en el friso clásico. Sólo por tradición se sabía la figura y color de las pinturas del techo, debidas al pincel del peor de los discípulos de Maella.

Los muebles eran muy modestos: reducíanse a unas mesas de palo, pintadas de color castaño simulando caoba en la parte inferior, y embadurnadas de blanco para imitar mármol en la parte superior, y a medio centenar de banquillos de ajusticiado, cubiertos con cojines de hule, cuya crin, por innumerables agujeros, se salía con mucho gusto de su encierro.

El mostrador era ancho, estaba colocado sobre un escalón, y en su fachada tenía un medallón donde las iniciales del amo se entrelazaban en confuso jeroglífico. Detrás de este catafalco asomaba la imperturbable imagen del cafetero, y a un lado y otro de éste, dos estantes donde se encerraban hasta cuatro docenas de botellas. Al través de la mitad de estos cristales se veían también bollos, libras de chocolate y algunas naranjas; y decimos la mitad de los cristales, porque la otra mitad no existía, siendo substituida con pedazos de papel escrito, perfectamente pegados con obleas encarnadas. Por encima de las botellas, por encima del estante, por encima de los hombros del amo, se veía saltar un gato enorme, que pasaba la mayor parte del día acurrucado en un rincón, durmiendo el sueño de la felicidad y de la hartura. Era un gato prudente, que jamás interrumpía la discusión, ni se permitía maullar ni derribar ninguna botella en los momentos críticos. Este gato se llamaba Robespierre.

## Verdades

Toda imitación es mala, inclusive en el orden moral. En este momento, por las calles de Jerusalén se arrastra un loco llevando al hombro una cruz de madera. Este loco es el símbolo de las vidas perdidas en la imitación. El padre Damiano fue como Cristo cuando marchó a vivir con los leprosos; obrando así logró expresar lo mejor que había en él. Pero no por ello se parecía a Wagner cuando expresaba su alma en la música, o de Shelley cuando realizaba su alma en la poesía. No existe un tipo único para el hombre. Hay tantas perfecciones como hombres imperfectos. Mas en tanto que a las exigencias de la caridad un hombre puede someterse y continuar siendo libre, a las pretensiones de

la conformidad ningún hombre puede plegarse sin dejar de ser libre. Es el individualismo, pues, lo que aspiramos a realizar al través del socialismo. En sus resultados generales todo Estado puede darnos una idea de lo que es el Gobierno.

Nos la puede dar porque, como dijo una vez un sabio muchos siglos antes de Cristo, hay la posibilidad de abandonar la humanidad a sí misma; pero no hay la posibilidad de gobernarla.

Todas las formas de Gobierno son erróneas.

El despotismo es injusto para todos, incluso para el déspota que probablemente fue creado para mejores fines.

Oscar Wilde.

## Santiago de Compostela

Viene de la pág. 8

Arroja lejos de tí el reloj, buen caminante. Aplaca tu sed bebiendo en una venera de agua heráldica del pasado, hincha el pulmón fatigado con el aroma de las resinas sagradas, dobla tu rodilla rebelde en los atrios solitarios y busca en el cielo la zarca pupila impar que te mira, con una bárbara ternura de cílope, deliciosamente perdido en el pétreo laberinto religioso de la Jerusalén occidental.

Todo lo que alude al tiempo es en Santiago de Compostela una blasfemia, que allí no hay arena para la cintura del reloj elemental y las clepsidras se han helado hace muchos siglos.

Santiago repugna el turista y ama el peregrino, que aquél llega erizado de apremiantes minutos y éste trae en la talma ancestral, en las sandalias raídas y en la antorcha revuelta de las barbas un quid de eternidad.

Entra allí como si nunca más hubieses de salir.

Sólo así Compostela franqueará su alma, sólo así entenderás la lengua incógnita de sus carillones y de sus órganos apocalípticos, sólo así catarán tus labios el milagroso vino de la Eternidad, que Santiago es una esfinge para los que tienen o llevan en los ojos el subalterno y frívolo apetito de la curiosidad.

Hay que pagar en espíritu vivo el portazgo para que os sean entregadas las llaves secretas de todos los portentos que, entre muros sombríos y a la sombra de los imponentes pendones de piedra, duermen aguardando a aquellos que conocen las mágicas palabras que han de movilizar el complejo encantamiento: Creo, espero, amo, triangular forma del fervor.

En Compostela está, por los siglos de los siglos, fondeado el milagro. Pero para pisar la deslumbradora cubierta hay que dar santo y seña, que no es Santiago fácil ni claro, sino eterno.

(De *Cosmópolis*, Madrid)

Benito Pérez Galdos

Colaboración de C. Wyld Ospina, especial para "Cultura"

# Las Palomas de Fernán Avelino

(Del libro inédito "La Sombra de Juan Matalbatz y otros novelines"). (1)

Un día llegó a casa de Fernán Avelino un huésped de poca significación. Lo trajo la cocinera, y pasó inadvertido para todos, excepto para *Strong*, un perro *bull-terrier*, que también tiene su historia, una historia noble y triste que alguna vez relataré.

Se trataba de un pichón de paloma, de esa especie de palomas llamada en el país de «Castilla», y que no pertenecen a tipo alguno definido, porque son probablemente el producto de razas varias traídas al Nuevo Mundo por los conquistadores hispánicos.

Al pichón se le destinaba a la sartén; pero una incidencia torció su destino maravillosamente. Al menos, así le hubiese parecido al palomino si poseyera, como un hombre, la peligrosa facultad discursiva. En él se operó un pequeño milagro de lo inconocible, que, según se ha observado, también ampara a las bestezuelas.

Nadie en casa reparaba aún en el volátil, aparte la fámula que lo trajo, si él no hubiese despertado en *Strong* un sabroso instinto de cazador. *Strong* notó al animalejo y la voluptuosidad sanguinaria movió su alma inocente: meneó el rabo trunco, puso enhiestas las orejas puntiagudas, recortadas en la forma de las orejas de los tigres por arte de un cirujano de los perros. Pero en ese instante Fernán Avelino le amonestó:

—*Strong*: usted no debe hacer daño a la palomita. Usted debe cuidar siempre de las palomitas.

Hay que advertir que Fernán Avelino posee un alma tercamente encariñada con los animales, según la zoología, inferiores a él. Repitióle al perro una y otra vez el mandato. El antiguo lobo, nieto de lobos, pareció comprender, porque además debe advertirse que la bestia poseía un alma mansamente enamorada de los hombres. Se resignó. Uno de los signos de su humanización era el sentido de la obediencia. Y no quiso atender más a la presencia de su víctima natural. La esposa de Fernán Avelino, y

Fernán Avelino mismo, cayeron entonces en la cuenta de la atroz injusticia que iba a cometerse:

—La palomita se ha salvado de *Strong* gracias a que *Strong* es bastante inteligente para comprender y bastante sensato para obedecer. No es justo que la palomita muera—se dijeron ambos.

Y el palomito quedó en casa como un nuevo habitante. Era el tal un animalejo blanco, con las alas amarillentas por alguna inmundicia de corral. Estaba en la edad en que los individuos de su raza, como los hombres, cambian el tono de la voz. Demasiado tierno para arrullar al modo de las palomas adultas, era, en cambio, demasiado maduro para piar como los palominos infantiles: de manera que cuando deseaba expresar su hambre o su miedo—sentimientos fundamentales en los seres que usan cuerpo físico, según Fernán Avelino—, o bien su asombro o su curiosidad, sólo acertaba a producir una especie de graznido rispido y seco. Era un bicho ingrato: su aspecto derrengado, su plumaje ralo y sucio, su gran

pico todavía blanducho, su torpeza y su graznido, y un agitar de sus alas, como quien danza el *shimmy*, para indicar su apetito, le hacían ridículo, y por ello, desagradable, y por colmo, hubo que despuntarle las alas para que, ignorante del destino de las palomas, no escapara de la casa. No podía volar, y los seres del aire hacen muy mala facha sobre la tierra. Fernán Avelino encontró que la suerte del palomino era semejante a la de un poeta, como en el símil de Baudelaire.

Pasaron las semanas. El sino del pichoncete era sin duda, no sólo vivir, sino vivir lozano. Un día observó la esposa de Fernán Avelino:

—¡Pobre la palomita: ya vuelala! ¡Y qué hermosa se está poniendo!

En verdad: el pichoncete ya era un animal adulto, una joven paloma, con sedosas plumas blancas, con fuertes y finas alas blancas. Se habituara al desconocido medio. Lanzábase ya, de un vuelo bizarro, firme, airoso, hasta la pared frontera de la casa, y pasaba, con valentía y elegancia, frente al enemigo de su especie, cazador de aves. Acaso ya

(1) El próximo número de CULTURA vendrá dedicado a Guatemala, en el nombre del gran poeta C. Wyld Ospina. Adelantamos esta colaboración, inédita de ese autor, por impaciencia de hacerla conocer en Costa Rica.

## QUESOS

EL SURTIDO MAS COMPLETO  
de este articulo  
lo consigue Ud. en el acreditado

### ALMACEN

DE

### RAMIREZ & MOYA

(25 varas al Norte del Mercado)

PASO DE LA VACA

TELEFONO 2981 - APARTADO 874

## LA PERLA DE BARZUNA

De BARZUNA HERMANOS

Frente al costado Este del Mercado

Ofrece a su distinguida clientela y al público en general, el más completo surtido en crespones de seda y georgettes. Además, tenemos gran variedad en artículos para regalo.

Visítenos si desea economizar su dinero

**Teléfono No. 2780**

simpatizaran: el perro con simpatía benévola, negligente, de ser que vive en la abundancia y en la paz, ajeno a las malas sugerencias del dolor o el fastidio; y el ave, con la fanfarronería inofensiva de los de su clase. Lo cierto es que hicieron parca, pero buena amistad. No se estorbaban: razón suprema para convivir juntos.

Voz compasiva de mujer reclamó para el animalejo un compañero:

—Hay que darle un macho que la acompañe.

Se le había creído hembra, y dio chasco: era un macho fuerte y pendenciero, como se comprobó más tarde. La paloma, alto símbolo religioso, tiene esa debilidad: es pendenciera con sus semejantes; pero lo es el macho, con quien tal vez no reza el símbolo. Y, por su fortuna, el compañero que se le destinó, comprado al azar, resultó ser hembra.

Fueron los fundadores de la colonia alada. Al principio, la pareja anidó en cualquier rincón del entretecho. Luego, cuando la población aumentara, Fernán Avelino decidióse, un domingo, a improvisar nidales con cajas de madera, de esas en que el comercio importa sus mercaderías. Fue un trabajo penoso y largo; pero el júbilo de la colonia recompensó al obrero. Hubo escándalo de vuelos y currucucús, de pendencias y rivalidades por ocupar los sitios mejores; parlotería de palomas comadres, y, como siempre, desplazamiento del débil por el fuerte, sin compasión a la prole y a la hembra fecundada... Pero como el dios penate de la colonia quería la concordia de sus criaturas, erigió suficientes albergues para que nadie quedase desamparado.

Sin embargo, la disputa por las viviendas no cesó tan fácilmente. Una era apetejada porque su puerta-ventana caía a la fuente del patio; la otra por calentarla el sol mañanero; ésta porque, más elevada que el resto, evocaba en la memoria específica del ave, el nido agreste, balanceante a los vientos sobre el árbol natal, lejos de la acometida feroz del cuadrúpedo enemigo; la de más allá por resguardada de los golpes de la lluvia y los asaltos de un ilusorio gavilán. Y aunque había

sobradas casas, sólo la fuerza y la necesidad pudieron resolver el conflicto.

El buen techo y la abundante mesa, a más del goce de la libertad individual, negado en las democracias humanas, llevaron, con el misterioso modo con que vuelan las simientes de comarca en comarca, la buena fama de la colonia más allá de las fronteras domésticas, según presume Avelino, aunque ignora el lenguaje usado para la divulgación. Los párvulos, los trota tejados, los solteros llevaron quizá, en sus correrías mafuñinas, a los otros palomares las noticias acerca de la seguridad y la abundancia de la colonia. El crédito atrae la inmigración; y pronto los aventureros, los curiosos, los hambrientos y los indisciplinados de las colonias vecinas, llegaron a comprobar por sus propios ojos la realidad de la buena nueva. Quedábanse allí unas horas; veíanlo todo; merendaban con sus compañeras y concluían por retornar a sus antiguas querencias. Pero volvían luego y trataban de ganar un puesto en la colectividad extraña.

Las patrias ajenas son, sin embargo, hostiles, aun cuando se trate de palomas—símbolo de mansedumbre—. Las palomas patriotas, con el sentimiento egoísta que es base de la nacionalidad, emprendían guerra de picotazos y persecuciones contra las intrusas; y era de ver el combate de las dos tendencias irreductibles de la naturaleza organizada: la ambición de poseer y la necesidad de conservar: dos sentidos, el de la propiedad y el de la conquista. De tal suerte las tribus humanas se hicieron nómades, para formar más tarde los pueblos sedentarios que labran la tierra, enemigos naturales de las tribus nómades que saquean sus graneros y devastan sus sembradas. Estas baratas filosofías me las sugirió el propio Fernán Avelino.

Pero las palomas no son los hombres, aunque se parezcan a ellos. Y como no se unen para poseer, tampoco se unen para atacar. Unos que otros de los inmigrantes lograron, con poco esfuerzo, ser admitidos en la colonia, o si se quiere tolerados, pues las palomas no han suje-

tado todavía a código alguno sus instintos. Con versatilidad que evita complicaciones, la paloma cambia de hogar y de patria cuando le viene en gana, y se siente feliz en cualquier parte donde el sol, el agua, el grano y el albergue se ofrezcan a las criaturas de Dios. La legislación humana no reconoce el delito de robo tratándose de estas aves: tan curiosa prescripción es hija de la experiencia, porque las palomas cobran un fácil cariño por los palomares ajenos.

Hoy la colonia está próspera y poblada. La casa se llena de arrullos y palmoteo de alas. Vida que nace, y vuela, y canta siempre. Fernán Avelino observa largos ratos a las palomas. Palomas blancas sobre techos rojos... De mañana, con el sol tibio, revuelan de aquí para allá, en grupos gozosos. Los hombres que, como Fernán, poseen un debilísimo sentido del equilibrio corporal; que sobre una eminencia de tres metros se sienten inseguros; las víctimas infelices de ese «horror al vacío» aparente de los espacios libres, podrían solazarse mirando cómo el ave sube, baja, corta el viento como una flecha, se desplaza de un golpe de remos, acordando perfectamente la distancia a recorrer con el impulso inicial, y llega ágil, blanda, elegante, a posarse sobre el caballete de un tejado, al borde de un estanque, sobre un palmo de muro resbaladizo, cien, doscientas o mil veces más alto que el cuerpecillo que lo domina...

Así viven las palomas en su mundo, con la dichosa ignorancia del mundo. ¡Qué gracia y qué sabiduría, Señor! Si es goce divino la contemplación, Avelino lo ha gustado. Para él, un espectáculo tan viejo, significa el descubrimiento de una maravilla cotidiana.

\* \* \*

Mi amigo Fernán Avelino ha domesticado a sus palomas. Podríase más bien decir: se solidarizó con ellas; hizo conocimiento de amor con ellas mediante un divino interés. Les da el alimento en la mano. Ellas acuden, confiantes y ávidas. Pósanse sobre él, le conocen y atienden a su voz de llamada.

Y yo le he dicho a mi amigo: —No eres tú: son los granos de maíz.

—Es cierto—me ha contestado—. Pero, sobre los granos de maíz, existe algo infinitamente más importante: he matado el miedo en ellas. De mí sólo perciben el poder amparador y nutricional, y desconocen mi poder destructor. La separatividad entre el hombre y los otros seres del universo no es irremediable. Para las palomas, yo soy un excelente dios, tangible, que no ha creado ningún infierno para castigar a nadie. Las infinitas diferencias anatómicas y conscientes que nos separan, se borran por un divino interés: ¿Puedo llamarle amor?

Para que se produjera este prodigio vulgar bastó un incidente. Avelino me lo relató así:

—En los primeros tiempos de la colonia, cuando mis palomas eran animales ariscos, ignorantes de que el dios fortuito, que proveía a sus necesidades, pudiese además amarlas, hubo un palomino al que sus padres abandonaron antes de que pudiese coger y tragar por sí solo los granos de maíz. El mísero estaba condenado a muerte por hambre, en mitad de la abundancia. Entonces, con mi esposa, decidimos salvarle: nuestras manos sustituyeron al pico paterno y ellas introducían el alimento en la boca del animalucho. Nos costó trabajo, pero le hicimos vivir. Al vernos, acudía a nosotros agitando las alas, que era su modo de decir: tengo hambre. Y él, que huía con temor de las palomas adultas, corría hacia el monstruo humano con una confianza y una ternura infantiles.

El ejemplo es enseñanza. A poco, la colonia entera quería recibir el alimento en las manos del hombre.

\* \* \*

Una vez reñí a Fernán Avelino por su incorregible afición a habitar en barrios apartados de la ciudades donde residía. Siempre le conocí huyendo del bullicio y la elegancia de las calles céntricas; y en cierta ocasión, le escribí, entre otras amistosas reconvencciones:

«Te sé viviendo en tu lejano barrio de la capital, tratando lo menos posible a tus semejantes.

## JOYERIA Y RELOJERIA

Teléfono 3106 **A. BELLO** Apartado 1092

He aquí la Joyería de la gente de buen gusto. Inmenso surtido en artículos para obsequio a deportistas.

San José, C. R. - Avenida Central

## LA VALENCIANA de CALIXTO MADRIGAL

Sigue la REALIZACION más grande de todo el año. Aproveche esta oportunidad, comprando todos sus artículos a un precio verdaderamente escandaloso.

**No deje de visitarnos, si desea garantía en sus compras y economía de su dinero.**

50 varas al Oeste del Banco Internacional

TELÉFONO 2280 : - : TELÉFONO 2280

## Las Palomas de Fernán Avelino

(Viene de la página 15)

Cuida de que esta tendencia aisladora no invada tu existir entero. La *escondida senda* está muy bien para los frailes y los poetas con renta; pero los hombres jóvenes, ineludiblemente llevados a la acción por la vida, deben entrar en el movimiento social y abrirse paso con la osadía de sus hombros, y si es necesario, con la insolencia de sus codos. Comienza por trasladarte a un barrio elegante y trata a las gentes *bien*, especialmente a las gentes del gobierno...

Fernán Avelino me explicó entonces, en carta íntima, entre otras cosas, el por qué de su aversión a las mansiones que yo llamaba «elegantes».

Decía él: «Los barrios modernos, de edificios simétricos, grises, con muros lisos en que se abren, sin una sonrisa, las ventanas, y en donde todo es pulido, seco, higiénico hasta la aspereza, me producen una sensación de angustia, de cólera sorda hacia la dura civilización nuestra. ¡Qué lejos se siente uno como yo, morando en ellos, de la vida y de la naturaleza! ¡Qué lejos de la propia alma, cuando ésta es sincera y simple como la mía! No olvides que pesa sobre mí una herencia secular de labriegos: labriegos militares, labriegos letrados, labriegos sacerdotes, labriegos hacendados; pero todos, en el fondo, hombres de la tierra, con el amor a la naturaleza salvaje bien metida en la sangre.

«Por eso huyo de habitar en los barrios modernos. Me enferman. Cuando la roñosa fortuna mía me lo ha permitido, me refugio en los barrios en que el árbol, la huerta, el jardín, la calle anchurosa no han sido desterrados del todo aún. ¡Y me pides que abandone la casaca donde hoy moro, en paz! Mi vivienda se aprieta entre un fresco caserío. Las construcciones, de un solo piso, como la salud de los pulmones y de los ojos lo demanda, y como les gustaban a nuestros abuelos, no velan la visión de mi país incomparable. Tampoco escatiman la luz ni regatean el aire. No son ya las amplias y soledosas mansiones españolas, que ocupaban media manzana de espacio cada una. Son, apenas, las viviendas humildes, aún apegadas al ayer, que no quieren vivir con el día, y parecen sonreír, desengañadas de las conquistas de la arquitectura moderna. Empujadas hacia los barrios lejanos, oponen allí la última resistencia, agrupándose y ocultándose entre callejones y vías olvidadas, seguras sin embargo, de que mañana la piqueta las hará añicos para dar cabida a los horrendos *buildings*, a las geométricas ratoneras, albergue de las muchedumbres futuras, igualitarias e industriales.

«Yo sé que nadie comparte ni comprende esta tristeza. Pero mi alma se parece un poco a aquellas viejas casas, y se refugia en ellas. No ama un progreso que tapa el sol, roba la luz, aniquila el vegetal, entenebrece el cielo, entierra toda el agua en tubos y proscribire la belleza única de la libertad. No ama ni comprende

la casa como un sitio indiferente, a donde el hombre va a comer y a dormir para irse cuanto antes a la *oficina*, la moderna oficina, igual al cubículo numerado de la bestia en los establos de lujo. La casa no ha de ser eso: en ella debe estar el alma de su dueño como en su propio cuerpo. Allí debe reinar uno con sus arbitrariedades, sus caprichos y sus sueños. Su atmósfera la han de formar nuestros pensamientos habituales. Su perfume, como su color, serán nuestro perfume favorito y nuestro color amado, aquellos con los cuales rime bien nuestra sensibilidad. La casa habrá de ser la exteriorización de nuestra morada interna: a claras almas, viviendas claras...

«Mi casa es chica, pero risueña y clara. Los poetas, mis amigos, cuando me visitan, perciben de inmediato el influjo de estas dos virtudes: sonrisa y claridad. En ella, todo está a la mano, familiar y solidario: cosas y habi-

tantes. Huimos del vacío: la casa entera está bien poblada, sin espacios huecos, sin sombras ni abandonos. Además de sus huéspedes humanos, está llena de palomas, de mis domésticas y humanizadas palomas.

«Desde la azotehuela, donde el viento de la tarde es libre y juguetón, y la luz cae a torrentes, se divisa el barrio. En este mi barrio se ama a los árboles y a las flores. Las techumbres, irregulares, con el bondadoso y calmo matiz de sus tejas de barro rojizo, o el blanco argentado de sus tejas de zink, encuadran marcos de verdor. Sobre cada pared, emerge una copa verde; en cada patio se remansa un jardinillo; en cada solar duerme una huerta, al ritmo de los chorros de agua límpida, que espéjase en las *pilas* españolas, de ladrillo musgoso. Aquí no hay simetría: unas techumbres son altas, otras enanas; unas panzudas y ya negruzcas, otras esbeltas y rojas, entre paredes

blancas; unos muros nuevecitos, otros ruinosos, con musgo entre las grietas...

«En las tardes de primavera—ahora es mayo—el caserío se embebe en la dulzura del aire. El espacio diáfano, rico de claridad y aromas vagos, como saturado de una esencia celeste, deja distinguir los detalles montuosos de la serranía, lejana, como en una acuarela. Las bandadas de palomas políchromas, que surgen de aquí y de allá, vuelan en amplios círculos, de tejado en tejado. Desde la azotehuela veo describir elipsis armoniosas a las palomas mías: vienen, cansadas, y se posan en su solar, para partir luego a otros solares vecinos, donde se confunden y parlotean con sus amigas...

«La tarde cae, infinita de santidad. Las palomas vuelan, seguidas por los azorados palominos jóvenes, que todo lo ven con asombro y delicia. Abajo, en la alcoba, dentro su cuna, también ríe y palmotea el nene, que todo lo mira con asombro y delicia...

«Anochece. Casas, árboles, perfumes, alas y almas se sosiegan y acogen al seno de Dios, cuya presencia tampoco se siente entre los muros fríos de la civilización».

\* \* \*

## La Caridad

Una gran señora quería practicar la caridad en forma amplia y eficiente. Después de reflexionarlo algunos días, resolvió aconsejarse de un hombre renombrado por su buen corazón.

Oyó el hombre, encantado, los propósitos de su visitante. Sin embargo, hizo notar que el consejo no debe pedirse cuando se reserva la decisión; por lo cual él se limitaría a dar su parecer. Y se expresó así:

—La primera caridad de una mujer, es ser mujer; por ejemplo, amantar a su hijo; mas, ¿a qué mencionar hechos tan evidentes? Seres bien necesitados de piedad son los que trabajan en las minas; suprimamos el uso de las piedras preciosas y haremos una gran obra de caridad. En las telas y los adornos de lujo, lo que se paga y se luce es la vida de otros seres, transformada en co-

sa inerte; no los forcemos a esto, y haremos otra gran obra de caridad. Las plumas y las pieles representan dolor humano y actos de crueldad: he aquí excelentes motivos para ejercitar la caridad...

—Os he pedido—exclamó la señora—una opinión para emplear mi dinero en obras de bien; y no que me aconsejéis sobre mi vida.

—Yo creí, señora,—repuso el hombre de buen corazón—que se trataba de vos, de vuestra caridad, de vuestro amor a los que sufren; pero advierto que la duda consiste en lo que ha de hacer vuestro dinero. En tal caso, aconsejaos de un hombre de negocios.

La gran señora prometió reflexionarlo nuevamente.

Esto es lo que hace ahora.

CONSTANCIO C. VIGIL

## El poeta Aníbal Reni y nuestra encuesta sobre el choteo

—¿Qué piensa usted acerca del choteo en Costa Rica?

—Así como el termómetro marca la graduación del calor o del frío, así el choteo define el nivel vulgar y morbosamente superficial de un pueblo.

Es una resultante de cierto ingenio fracasado que no ha tenido para manifestarse ni la cultura ni la seriedad necesarias que se debe a todo esfuerzo constructivo del medio. Es cobarde por inepto, por inculto y por superficial.

—¿Qué género de humorismo aconseja usted al periodista?

—Al periodista ha de pedírsele seriedad y patriotismo para aquilatar los valores, y cultura, mucha cultura; sin estos atributos, se vivirá recogiendo la seriedad de los que piensan para echarla, como una farándula grotesca, a la vulgaridad de la calle.

ANIBAL RENI

A pesar de su delicada sensibilidad y de su inteligencia, Fernán Avelino no dejaba de enfadarme un poco con sus pueriles aficiones. Pero intereso siempre conocer su pensamiento y sentir el calor amistoso que irradiaba de él hacia todas las cosas.

Le encontré un día en la calle de un viejo barrio—de esos barrios ciudadanos que él amara con tan singular complacencia—; y le interrogué acerca de su colonia alada:

—Una *yetatura* cayó sobre ella—me respondió, con leve seriedad irónica—. Una persona cualquiera, no sé quién—quizá una beata—ha espantado a mi esposa con funestos augurios, y no dudo de que espantará también a mis palomas. Las palomas traen mala suerte—dijo la agorera—. Las casas que las cobijan quedan malditas. ¿No ve usted que, al pisar la tierra blanda, estampan el signo de la cruz, profanándolo? Y citó casos y casos de gentes conocidas de ella, a quienes trajeron «mala pata» las palomas.

—¿Y tu esposa lo cree?

—Nada importa creerlo o no. Basta con temerlo...

Bruscamente, como a veces tenía por costumbre, Fernán Avelino se alejó. Y temí por su dolor ingenuo, inconfesable ante los hombres serios, *prácticos*, de nuestro club. Pensé en el preso aquel de las palomas... el que volvió a ingresar voluntariamente a la cárcel, donde consumiera años enteros de su vida, porque no pudo separarse de sus palomas. Fernán Avelino parecía hecho de la misma pasta: santos, poetas o locos. O tal vez, sólo poetas.

Fin de «Las Palomas de Fernán Avelino».